[366:14]

EL EMPIRÍSMO Y LA CIENCIA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

D. MARIANO TRIGUEROS Y GONZALEZ.

CARMONA:
ESTAB. TIPOG. DE *La Sinceridad.*
1863.

AL SEÑOR

D. FRANCISCO J. CARO Y CÁRDENAS,

DIPUTADO Á CÓRTES.

Yo quisiera, benévolo amigo, haber escrito un dráma de importancia; bien espuesto, bien tramado, de ingenioso desenlace: pero desgraciadamente es mi imaginacion estéril, y todas sus concepciones son tan triviales y defectuosas como la comedia que pretendo honrar con su ilustre nombre.

Sin embargo, en ella me propongo llamar la atencion de los gobiernos, sobre esa numerosa falange de jóvenes desgraciados, que con mil afanes tal vez, cursaron una carrera científica que no solo los reduce á un estado precario y triste, sino que hasta injustamente les niega el ejercicio de su profesion, el nombre, el título, la recompensa.

Si el feliz proyecto de regeneracion con que España quiere arrancar el Notariado de la especie de anarquía informe, perjudicial y denigrante á que hoy se encuentra sujeto, no llega á realizarse, lo sentiré por mi noble patria, donde no parece sino que la fatalidad se complace en detener los grandes pensamientos; y si mi pobre comedia no alcanza, cual deseo, la indulgencia pública de que tanto ha menester, tambien deberé sentirlo con toda mi alma: pero mucho mas sentiria que V. no aceptase, con la bondad que le es propia, la humilde prueba de afecto que le consagra su buen amigo,

Mariano TRIGUEROS.

PERSONAS.

D. LUTGARDO.
CIRUELA.
PEDRO.
FRANCISCO.
SANTIAGO.
ALEJANDRO.
TERESA.
LUCIA.
UNA CRIADA.
UN SARGENTO.
DOS SOLDADOS.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los corresponsales y agentes del *Centro general de Administracion*, son los encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Despacho de D. Lutgardo: puerta en el fondo: otra lateral á la derecha; y á la izquierda, bien á el proscenio, una mesa con tapete, dos carpetas, recado de escribir y varios rollos y legajos de papeles.

ESCENA PRIMERA.

CIRUELA, entrando.

CIRUELA. En la esclavitud entremos;
mas antes de comenzar
con la pluma á trabajar
un poco el polvo quitemos.
Sueldo mísero y amargo:
dos reales, sin provechos,
mas que los cortos derechos
de retencion ó de embargo.
Y eso que soy alguacil
y además ayo de escuela,
si no tu estado, Ciruela,
era triste por san Gil.

Me obliga un objeto caro;
la madre del alma mia
que angustiada moriria
si le faltase mi amparo.
La carrera terminé
con afan del Notariado,
y en mi escepcional estado
ni tengo nombre, ni fe.
Pero en fin, mi estrella obró
y *áliqui chupatur*, dicen,
otros la vida maldicen
con mas motivo que yo.
Que olor tan rico á matanza....
(Olfateando.)
se oye freir la asadura
que á D. Lutgardo asegura
una risueña esperanza.
Y mientras él placentero
se cuida opíparamente,
solo come su escribiente
despojos de matadero.
Las circunstancias me estrechan,
á hacer matanzas no aspiro
y las morcillas que miro
son las que á los perros echan.
Pero que escándalo; un cerdo
degollar el escribano!
Sin duda se ha vuelto insano!...
Yo en conjeturas me pierdo!....
¿El llegar hasta ese punto?
me estraña, por vida mia,
cuando por economia
no compra nada por junto.
¿Y á que ser murmurador?
al por menor se sostiene,
mas siempre en su casa tiene
de la ciudad lo mejor.
Mi mente, si ¡suerte aleve!
que constantemente duda
por junto ó á la menuda
cuando compra lo mas leve.
¡Mundo parcial y tirano!

¿porqué mi frugal sustento
es de menos nutrimiento
que el del señor escribano?
Eres raro en tus costumbres
y son tus leyes ingratas;
¿porqué á mi me das patatas,
y bacalao y legumbres?
Apiádete mi dolor
y mi precaria miseria;
¿mi vientre es de otra materia
que el vientre de mi señor?
Mas llorando la amargura
de mi desgracia sin par,
se me olvidaba sacar
la copia de la escritura.
(Sentándose á escribir.)

ESCENA SEGUNDA.

CIRUELA y ALEJANDRO.

ALEJAND. Da V. licencia?
CIRUELA. Adelante.
ALEJAND. D. Nicomedes, buen dia!
CIRUELA. Ola, Alejandro Mejia!.
ALEJAND. Servidor....
CIRUELA. Buen Litigante.
¿Y qué te puede traer
en busca del escribano?
ALEJAND. Vengo á cobrar el marrano
que compró en el Triunfo ayer.
CIRUELA. Esa carne anda muy cara:
¿y hay despacho?
ALEJAND. Regular;
des que vine de Alfacar,
he vendido una piara.
CIRUELA. Siéntate, que ya vendrá
á pagarte D. Lutgardo.
ALEJAND. Con su permiso le aguardo;
¿mucho tiempo tardará?.
CIRUELA. Ni un.... nada, por vida mia.

ALEJAND. Querrá V. creer, pardiez,
que esta es la primera vez,
que entro en una escribania?
CIRUELA. Me admira lo que te escucho;
ileso estás cual la espuma!...
ALEJAND. Yo á aquesta gente de pluma,
siempre le he temido mucho.
CIRUELA. Buen absurdo es tu creencia;
hombre aqui, por mas que digan,
los crímenes se castigan
y se salva la inocencia.
Hay como en todo malicia,
y ecsistieron escribanos,
que torcieron inhumanos
la vara de la justicia.
Pero en el siglo actual
aunque quieran no son malos,
porque temen á los palos
del supremo Tribunal.
Que es fiel, justo, y además
inecsorable.
ALEJAND. Y bien hecho.
CIRUELA. Asi el que tiene derecho
es el que gana no mas.
Mira si es supersticion
del vulgo necio y villano
tener á un pobre escribano
semejante prevencion.
Y tu mismo de ese error
tan craso te convencieras
si algun negocio tuvieras....
ALEJAND. Yo negocios, no señor;
no quiero!
CIRUELA. ¿Qué hay que te asombre?
ALEJAND. Que cuanto tengo daría
por no escuchar que leia
un escribano mi nombre.
Sin embargo de mirar
justicia y buena intencion,
yo les tengo esa aversion
sin poderlo remediar.
CIRUELA. ¿Incredulidad tan fea

te enseñaron los libelos?

ALEJAND. Mis padres y mis abuelos
tuvieron la misma idea.

CIRUELA. Vamos, si, por tradicion,
un odio tan mal nacido
siniestramente ha venido
de escalon, en escalon.
Es decir, de boca en boca
vino por tu descendencia,
y tan necia inteligencia
ahora atí espresar te toca.
Alejandro, tu opinion
pobre, al olvidó destina,
que una idea muy mezquina
dá de tu imaginacion.
Hombre, si, que esa sandez
hasta tus hijos no llegue;
que su padre no les legue
tan cínica estupidez!
¿Darte horror de un escribano?
Cual raciocinas no sé,
cuando la pública fé
el mundo puso en su mano.
Calla imbecil, majadero,
que si tu absurdo escucháran,
contra tí se levantáran
Lopez, Escriche y Febrero!

ALEJAND. Pues señor, me callaré,
aunque sin deber respetos,
que á esos Febreros sujetos
no los conozco.

CIRUELA. ¿Y á qué?

ALEJAND. Es verdad.

CIRUELA. ¿Son conocidas
por mente tan insensata,
las leyes *non numerata*
pecunia, y siete Partidas?
Tanta ignorancia es un mal.

ALEJAND. No se enfade su merced.

CIRUELA. Fus... quite V., quite V.,
que eso es atroz.... inmoral.
No se como decir puedes,

que te ha sido detestable
esa clase respetable
y....

ALEJAND. Señor D. Nicomedes;
perdone V. si desbarro
con proceder nada astuto;
si soy un zopenco, un bruto;
vaya ¿quiere usté un cigarro?

CIRUELA. Es un horror!... vamos venga;
no habrá corazon humano,
que en la fé de un escribano
ese escepticismo tenga. (Enciende el puro.)
Buen tabaco! rico olor!
(De algo la arenga ha servido.)

ALEJAND. (El puro lo ha convencido.)

CIRUELA. ¿Donde lo compras?

ALEJAND. Señor,
de contrabando.

CIRUELA. Hombre! Hombre!
Criminal es esa accion;
¿de la inocente Nacion
encubre el fraude tu nombre?
¿No sabes la dura pena
que tiene el defraudador
por la ley?

ALEJAND. No señor.

CIRUELA. (Yo tampoco) Pues ordena,
que atendiendo á la entidad
del objeto defraudado,
sea el reo castigado
con toda severidad.
Y que causa se le forme
por la autoridad debida,
y de costumbres y vida
que envie su pueblo informe.
Por último, que lo prendan
en la cárcel nacional,
por su intento criminal,
y que los bienes le vendan.
Despues purga por su mal
tan vil delito ¡pardiez!
que presidio pide el juez

y la censura fiscal.
Con que mira si es preciso
irse con cautela andando.

ALEJAND. Tabaco de contrabando
no compraré, que ese aviso
me servirá en adelante;
pues no me faltaba mas,
que por un gusto.... jamás
seguiré siendo marchante,
¡eh! ¿no hago bien?

CIRUELA. Muy bien hecho
que perjudica ese humo;
yo virginia solo fumo,
que es muy buena para el pecho.
Pleito de menor cuantía....
si una cajilla prevengo,
para una semana tengo
y me sobra. ¡Economia
Alejandro!

ALEJAND. Ya lo creo;
muchos su saber prefundo
quisieran, que usté en el mundo
no se pierde á lo que veo:
y apostaba á que esa frente
ninguno moja.

CIRUELA. Hombre, no;
¿en el mundo que sé yo?
mi manejo solamente:
cualquier persona me ciega.

ALEJAND. Eso será cuestionable.

CIRUELA. No sé nada de notable;
pero, D. Lutgardo llega.

ESCENA TERCERA.

DICHOS y D. LUTGARDO.

D. LUTG. Adios, señores! buen dia!

CIRUELA. Feliz!

ALEJAND. Señor escribano!....

D. LUTG. (El acreedor del marrano!
Mucha prisa le corria!)

Quieto; ruego á V. se siente....
¿Has acabado la hijuela
de particion, di, Ciruela?

CIRUELA. Si señor; ya está corriente.

D. LUTG. La escritura de....

CIRUELA. (No digo!)

D. LUTG. Retroventa?

CIRUELA. Estoy con ella.

D. LUTG. Y el señor, de esa querella
por injurias, es testigo?

CIRUELA. No señor.

D. LUTG. No?

ALEJAND. (¡San Urbano!)

CIRUELA. El señor es de Alfacar,
que dice viene á cobrar
el valor de su marrano.

D. LUTG. Ya! ya! ya!

ALEJAND. Su servidor.

D. LUTG. Gracias! viva V. mil años....
Padezco de estos engaños
por la vista.

CIRUELA. (Que dolor!)

ALEJAND. Soy Alejandro Mejia,
cuya honrada parentela
D. Nicomedes Ciruela
me parece que la fia.
Señor; no es cierto?

CIRUELA. Cabal,
que fué tu padre un buen hombre.

D. LUTG. (Yo le he seguido á este nombre
una causa criminal....
Fué sobre el año cincuenta....)
Conque, Alejandro Mejia?
(El mismo, yo bien decía.)
¿Viene ajustada la cuenta?

ALEJAND. Si señor; mas sin embargo
me he podido equivocar;
V. la puede ajustar.

D. LUTG. Cierto, el trabajo no es largo.
Cirolita: ajusta aqui
cien libras á cuatro reales.
(Dándole un papel.)

CIRUELA. Son cuatrocientos cabales.
¿Es asi tu cuenta?
ALEJAND. Asi.
D. LUTG. Pues me alegro: no hay cuestion.
Ya que está usté aqui, primero
á su persona hacer quiero
cierta notificacion.
Nicomedes, trae el proceso
que se siguió en reveldía
contra Alejandro Mejia
por heridas.
ALEJAND. (¡Ya estoy preso!)
D. LUTG. Unido á el rollo hallarás
un puñal.... asi.... mayor....
(Señalando con su brazo.)
que se encontró á el agresor:
hará diez años lo mas.
Me ha chocado de este hombre
vecindad y procedencia,
é igual ser ¡que coincidencia!
el apellido y el nombre.
ALEJAND. Mas señor, por san Clemente;
si durante mi ecsistencia
no me acusa la conciencia
de haber sido delincuente!
Podrá ser otro Mejia....
pero yo juro y confieso....
D. LUTG. Ya lo arrojará el proceso.
ALEJAND. Mas, por la Virgen María!...
D. LUTG. Amigo, mi obligacion
en un caso semejante
es tomar á usté al instante
del hecho declaracion.
La causa empieza de nuevo;
que probará su inocencia,
con la mayor complacencia,
á baticinar me atrevo.
Que quiere usté, asi lo manda
la rectitud de justicia:
siento darle esta noticia;
conque Nicomedes, anda.
CIRUELA. Designa mi ilustre grey

tal paso como imprudente,
pues se veja al inocente
sin desagraviar la ley.
Son prácticas insidiosas:
la nueva escuela prefiero.

D. LUTG. Calla imbecil, majadero:
¿qué entiendes tu de esas cosas?
Estamos bien con el necio;
como estudió Notariado
ya se juzga autorizado
para hablar cual otro Heignecio!
Y al fin, señor, todo en vano;
que aqui la ciencia mal viene:
el que mas práctica tiene
es el mejor escribano.

CIRUELA. Nego propósitum.

D. LUTG. Pues!
Ya un latin echó el pedante.

CIRUELA. El empirísmo ignorante,
nada ante las ciencias és:
y el Gobierno....

D. LUTG. ¡Que patraña!

CIRUELA. De esta verdad satisfecho,
mil cátedras de derecho
estableció en toda España.

D. LUTG. Y obtuvo de ello ganancia?

CIRUELA. Consiguió sus altos fines.

D. LUTG. Con miles de parlanchines
dar aumento á la vagancia.

CIRUELA. Ilustrar la juventud,
elevar su clase oscura,
proporcionarle cultura,
predicarle la virtud.
Mostrar con justicia igual
lo que vale un rutinario,
junto á cualquier funcionario
de la escuela Notarial.

D. LUTG. Es verdad, se desatina
tu clasa por protejer. (Con mofa.)

CIRUELA. Aun le queda algo que hacer
para humillar la rutina.

D. LUTG. Ciruela! Por conclusion:

yo aqui debo presidir
y hago mal en permitir
tan imbecil discusion.
Basta, pues.

CIRUELA. (Siempre lo mismo.)

D. LUTG. Busca el proceso al instante.

CIRUELA. (Otra vez quedó triunfante
la ciencia del empirísmo.)

ALEJAND. (Mal haya tal escribano!)

D. LUTG. (Se asusta!) Ciruela, el rollo!

ALEJAND. (Si saliera de este embrollo
regalándole el marrano!)

CIRUELA. Volveré con prontitud.

ALEJAND. No se canse su merced.

CIRUELA. Qué?

ALEJAND. D. Lutgardo, que usted
se lo coma con salud.

D. LUTG. No lo consiento; lo justo;
á otra cosa no me allano.

ALEJAND. Si yo señor escribano
en dárselo tengo gusto.

D. LUTG. Eso es distinto; no quiero
que contra mi se prevenga
y para siempre me tenga
por déspota y altanero.
Mas yo Alejandro á mi vez
procederé noblemente,
que no quiero inútilmente
perjudicar su honradez.
Tambien el empeño miro
de Ciruela, y por lo tanto....
debo evitarle el quebranto....

ALEJAND. Señores; yo me retiro.

D. LUTG. Pero; oiga usted.... vaya.... nada....
mil gracias.... abur!...

ALEJAND. Con Dios!
Manden Vds. los dos. (Váse.)

CIRUELA. Muchas gracias, camarada!

ESCENA CUARTA.

D. LUTGARDO y CIRUELA.

CIRUELA. (No fué por cierto infundada
la causa de mi anatema.)
D. LUTG. (Resolvamos el problema
sin dar que sospechar nada.)
Un reo siempre se turba
de un escribano en presencia,
que el delito es muy cobarde;
no el que buscábamos era:
un honrado Alfacareño,
¿no es cierto, amigo Ciruela?
CIRUELA. Soy del mismo parecer.
D. LUTG. De seguro; la inocencia
y la honradez mas augusta
pintadas en su faz lleva.
Ya se vé, como de nombre
y de apellido igual era!...
Lo que admiro es el empeño
con que el marrano me deja
sin querer cobrar ni un cuarto!
CIRUELA. (Lutgardo, cayó la breva!)
D. LUTG. Pero en fin, algun favor
recibido su ecsistencia
tendrá, de mi filantrópica
y magnánima franqueza,
porque ¿á qué santo si nó
un cerdo gratis me diera?
¿Y á que hablar? Todos los años
que por este tiempo venga,
que no cansa hacer matanzas
de tan laudable manera;
y cuatrocientos reales
se agradecen ¿eh, Ciruela?
CIRUELA. Ya lo creo, D. Lutgardo;
plegue á los cielos que venga
otro noble Alfacareño
con igual benevolencia,

y ya que no me dé un cerdo
una espaldilla siquiera.

D. LUTG. Estando yo aqui seria
no marchar por via recta.
Y ya que solos nos vemos
te debo advertir, Ciruela,
que en mis asuntos jamás
atrevido te entrometas.
El escribano soy yo,
y profano ó con destreza
á mi me toca mandar,
tu es preciso que obedezcas.
Y no permito otra vez
que se repita la escena
de Alejandro: no lo olvides
en adelante, Ciruela.
Tengo sobrada razon
para obrar de esta manera,
estuviste inoportuno,
hablabas con insolencia,
dando á entender á Mejia
con tu imprudente torpeza,
que era oficioso mi empeño,
infundada mi sospecha,
malvado mi pensamiento....

CIRUELA. Quien, señor, tal cosa piensa?

D. LUTG. Eso y mas deducir pudo
de nuestra torpe contienda.
Por último, que te sirva
en lo futuro de regla
el no hablar hasta que yo
te demande la respuesta.
Cuando á solas nos hallemos
está bien que tu defiendas
los científicos notarios,
y que yo tambien pretenda
dar lustre á mis compañeros
con práctica y sin escuela:
pero oyéndolo el cliente,
del litigante en presencia,
es una gran necedad
que deprime, humilla y veja

tanto al escribano empírico,
como al notario de ciencia.

CIRUELA. Ciertamente, D. Lutgardo.

D. LUTG. Me alegro que asi lo entiendas.
Conque, al negocio, hijo mio.
Dáme firmaré la hijuela.
Sigue mientras la escritura.

CIRUELA. Bien.

D. LUTG. Anchito y buena letra,
que mientras mas pliegos vayan
mas los derechos se aumentan.
(D. Lutgardo lee para si, dando muestras de disgusto: Ciruela se sienta á escribir, lo observa y dice aparte.)

CIRUELA. (Como arruga el entrecejo;
cual jesticula y se altera;
quizás me haya equivocado
y nueva riña me cuesta:
pero ya se calma un poco,
late corazon con fuerza;
alguna espresion seria
que no entiende y le disuena.
Ya firma: gracias á Dios,
respiro.)

D. LUTG. La salvadera.
Déjala en yendo á comer
al Contador de Hipotecas;
y jamás tomes del Zúñiga
en la fórmula, Ciruela,
esas palabras tan raras
de la juventud moderna.
No abandones el Febrero,
aunque cansado parezca
su lenguaje; aunque repita
las cosas veces diversas:
mientras mayor claridad
mas al litigante alegra.
Déjate de laconismo,
y concision, y tonteras;
sé prolijo, aunque anticuado
te llame la jente necia.

CIRUELA. Está bien. (No ecsaltaremos
su bilis escribanesca.)

ESCENA QUINTA.

DICHOS y la CRIADA, que trae una alcuza.

CRIADA. Señor D. Lutgardo!
D. LUTG. Quién?
Maritornes! vienes buena!
¿Dónde vas tan desgreñada
y sucia?
CRIADA. Voy á la tienda
por aceite, señorito,
y como estoy de faena
no me he podido vestir;
con que los dineros vengan.
D. LUTG. Maritornes! Maritornes!
¿Hay lechuzas aceiteras
que en la alcuza se introducen,
ó tu la cocina riegas?
Que abandono! desde ayer
se ha gastado libra y media!
CRIADA. Pero si con la matanza
se ofrecen mil frioleras;
y los huevos, y el pescado,
y las luces.... bagatela!
Por fin, mas tiempo durara
si una arroba se trajera.
D. LUTG. Calla, mujer! tus consejos
vasta erudicion encierran.
Cuando asi por derrochar
ese vicio no refrenas,
que fuera si por arrobas
á tu arbitrio lo tuvieras?
CRIADA. Quizas asi....
D. LUTG. Maritornes!
Basta; toma una peseta.
CRIADA. Cuanto traigo?
D. LUTG. Media libra:
y encargas á la tendera
que como siempre en ochavos
lo que sobra te devuelva.

CRIADA. (Que manias se le meten
á mi amo en la cabeza!)
D. LUTG. Que murmuras, Maritornes?
CRIADA. Nada: viendo si era buena. (Váse.)

ESCENA SESTA.

D. LUTGARDO y CIRUELA.

CIRUELA. D. Lutgardo, por que Vd.
á Maritornes encarga
casi siempre, que en ochavos
pida la vuelta?
D. LUTG. Bobada!
Has de saber que el comercio
perdido está por desgracia,
y el producto que no tiene
legal, lo suple la trampa;
y esta es la razon porque
yo le encargo á mi criada
pida en ochavos la vuelta.
CIRUELA. D. Lutgardo, cosa es rara,
cuando por moneda innoble
todo el mundo la rechaza.
D. LUTG. Yo no, Ciruela; en las tiendas
hay pocos por las mañanas,
y escurriendo está en mi alcuza,
mientras los ochavos hallan,
la medida, y no me roban
amigo Ciruela, nada;
que de otro modo el embudo
en el instante levantan,
y la mitad del aceite
se llevan.
CIRUELA. Ya no me estraña.
D. LUTG. Estas son economias
que solo enseña la práctica.
CIRUELA. Ya lo veo D. Lutgardo;
la ocurrencia no está mala!
ja! ja! (Riendo.)
D. LUTG. Ciruela; te ries?

Verás como te das trazas
cuando por desgracia tengas
á cargo tuyo una casa,
y económico sistema
al punto pondrás en práctica,
pensando como te sale
tu obligacion mas barata.

CIRUELA. Si pensaré como todos
en iguales circunstancias;
pero en cosas de tan poco
interés, ni una migaja.
En media libra de aceite,
D. Lutgardo de mi alma,
gota mas ó gota menos!...

D. LUTG. Parece asi, que no es nada;
y sin embargo, si vieras
en un año á lo que alcanza!...
Ciruela: muchos poquitos
repetidos veces varias
van formando cantidad;
pero alguno viene, calla.

ESCENA SÉTIMA.

DICHOS y PEDRO, embriagado.

PEDRO. Buenos dias!

CIRUELA. Compromiso!
A Dios!

D. LUTG. Felices, muchacho!

CIRUELA. Que siempre ha de estar borracho!

D. LUTG. Siéntate.

PEDRO. Con su permiso.

D. LUTG. Con que, Pedro, decidido
vendrás ya de todo punto
á que se arregle ese asunto?

PEDRO. D. Lutgardo; convenido.

D. LUTG. Sí, Perico; la razon
dicta en casos semejantes,
que entre los dos litigantes
haya honrosa transaccion.

Nada de pleitos; prudente
evitas mayores males
abonando esos reales,
pues, estrajudicialmente.

PEDRO. Antes de todo....

D. LUTG. Qué: Vamos!

PEDRO. A obsequiar á Vds. vengo,
porque mucho gusto tengo
en hacerlo.

D. LUTG. Lo estimamos;
mas, Pedro, no puede ser.

CIRUELA. Yo tampoco, que me daña.

PEDRO. Lo mejor que hay en España
Van Vs. á beber.
D. Lutgardo, no hay remedio;
yo quiero tomar la espuela:
en pié, señor D. Ciruela;
no escriba V. mas.

CIRUELA. Que tédio!

D. LUTG. Pedro!...

PEDRO. Si V. no viniera
que me hacía era un desprecio.

D. LUTG. Hombre no; tu vino aprecio
igual que si lo bebiera.

CIRUELA. Yo tambien.

PEDRO. Voto á Satan!
Ya que con paz he rogado
y su bien han despreciado,
por fuerza lo beberán.
Conque vamos, D. Antonio! (A Ciruela.)

CIRUELA. Nicomedes!

PEDRO. Es igual.
(Pretende levantarlo y le vuelca el tintero.)

D. LUTG. Que empeño mas infernal!

CIRUELA. Perico! Vete al demonio!
El tintero me ha volcado!

D. LUTG. Pedro! Que majaderia!
Mira; vuélvete otro dia
que hoy estoy muy ocupado.
¿Ha manchado la escritura? (A Ciruela.)

CIRUELA. Por suerte no hay que temer
eso.

PEDRO. Vamos á beber,
ó mi paciencia se apura!
D. LUTG. Háse visto desacato?
Pedro! marcha en el instante
ó me autorizo, bergante!
PEDRO. Que! si me aprieta un zapato! (Con mofa.)
D. LUTG. (Pondré la cara que asombre.)
Mira, Ciruela; al momento
te levantas de tu asiento
y me echas fuera á ese hombre;
que debe aprender primero
á tener urbanidad.
CIRUELA. Anda, Perico! (Asiéndolo de un brazo.)
PEDRO. Verdad!
D. Nicomedes, no quiero!
D. LUTG. Perico! Pedro! Perico!
Sabes que estás.... muy humano?
CIRUELA. Con que mi ruego es en vano?
Pues á la fuerza!
PEDRO. So mico!
A la fuerza? por mi abuela!
Atrévase usté y lo pongo
de un puntapié como á un hongo
en la torre de la Vela!
CIRUELA. Perico! que me incomodo!
Que estoy encolerizado!
D. LUTG. Para ser desvergonzado
te pones, Pedro, beodo?
A hacer tal crimen te atreves?
Yo te enseñaré, insolente,
el respeto competente
que en mi casa observar debes.
Mira; tu jurisdiccion
su labio profano acalle. (A Ciruela.)
PEDRO. Que V. me arroje á la calle,
señor, tampoco es razon.
D. LUTG. Por no formarte un proceso
por injurias, te iba ha echar.
CIRUELA. Pedro, se acabó el hablar
ó vas á la carcel preso.
(Presentando su vara.)
PEDRO. (Si en otra parte estuviera,

yo al alguacil le diria....)
Señor! (A D. Lutgardo.)

D. LUTG. En mi escribania
hay que entrar de otra manera.

PEDRO. Bueno; si en algo he faltado
perdone Vd. mi sandez.

D. LUTG. Cuidado para otra vez.
Perico, estás dispensado.
No quiero que el vulgo impio
á Lutgardo el escribano
le llame nunca tirano.
Con que márchate; al avio:
y en un ratillo de ocio
que de ese modo no estés,
te vienes sin falta, pues,
y se arregla ese negocio.

PEDRO. Está bien.

CIRUELA. A despejar!

PEDRO. Ya que Vd. beber no anhela,
dígale usté á D. Ciruela
que me venga á acompañar.
(En cuanto lo agarre fuera,
Cristo! lo lisio de un palo.)

D. LUTG. Que vaya.

CIRUELA. Me pongo malo.

PEDRO. (Cómo sacarlo pudiera?)
Pero Vd. de que padece?

CIRUELA. De gástrica irritacion,
y de pecho una afeccion
que mucho dolor me ofrece.

PEDRO. Vendrá usté á la fuerza, mozo.

D. LUTG. Pedro! otra vez?

PEDRO. Ya lo creo.

CIRUELA. Yo le quitaré el mareo
llevándolo á un calabozo.

PEDRO. (Me acomoda hacerme el tonto.)
D. Lutgardo!... (Con humildad.)

D. LUTG. No hay piedad;
premie tu temeridad
la cárcel; Ciruela, pronto!

CIRUELA. Pedro, respeta mi vara!

D. LUTG. (Ya que lo miro humillado,

aire de encolerizado
daré á mi severa cara.)

PEDRO. D. Lutgardo, fué un error!

D. LUTG. Perico, con la insolencia
nunca he tenido clemencia!
Ciruela!

ESCENA VIII.

DICHOS, TERESA, LUCIA y FRANCISCO.

TERESA. Señor!

LUCIA. } Señor!
FRANC. }

TERESA. Pedro! (A D. Lutgardo.) Tened compasion
de una familia doliente!

PEDRO. Mujer!

LUCIA. Tu vicio imprudente
va á ser nuestra perdicion!
(Asiéndolo por un brazo.)

PEDRO. Me va Vd. á pellizcar?

TERESA. Señor, que no vaya preso!

D. LUTG. Bien, mas no llores por eso:
yo no puedo ver llorar.

FRANC. Su embriaguez perdonad!

LUCIA. Clemencia D....

D. LUTG. Nicomedes!
Oye, aqui dejarlo puedes
desde luego en libertad.
Da gracias á tu mujer (A Pedro.)
que te saca de este apuro,
sinó.... en calabozo oscuro
purgabas tu proceder.

TERESA. Por una casualidad
ha sido nuestra venida:
aunque al saber su bebida
me temia esto en verdad.
Llegó á casa hace muy poco,
como Vd. le ve, embriagado,
yo le di vuestro recado
y se puso como loco.

Dijo alli mil insolencias,
precipitado salió
y tras él me vine yo
temiendo las consecuencias.
Al verme salir mi madre
vino corriendo tras mi,
y al llegar cerca de aqui
encontramos á mi padre:
le vimos entrar y entramos,
admirando la cordura
de perdonar su locura
y gracias por ello os damos.

FRANC. (Lo que siento es que este vándalo,
que debia estar difunto,
me ha hecho olvidar en un punto
de un terno con tal escándalo.)

CIRUELA. Pueden tener sus acciones
consecuencias mas funestas. (A Lucia.)

FRANC. (Que buenas plumas son estas
para mis combinaciones!)

LUCIA. Fresco es cosa muy distinta,
tan manso como un borrego. (A Ciruela.)

FRANC. (Volveré sin falta luego
á pedir plumas y tinta.)

D. LUTG. Mis consejos aprovecha.

PEDRO. Descuidad.(A D. Ciruela,
yo pillaré en callejuela
donde la entrada sea estrecha.)

D. LUTG. Pedro, sin falta te aguardo
mañana, fresco, á las dos.

PEDRO. Bueno; abur!

LUCIA. Ea! con Dios!

TERESA. Muchas gracias, D. Lutgardo!

D. LUTG. No las merece. Salud
hija!

TERESA. Beso á V. la mano!

FRANC. Conque, señor escribano,
que Dios premie su virtud!

D. LUTG. Me porto asi por costumbre,
que el hacer bien me consuela.

PEDRO. Abur, señor D. Ciruela!

CIRUELA. Dios te guarde, pesadumbre!
(Vánse Lucia, Teresa, Francisco y Pedro.)

ESCENA IX.

D. LUTGARDO y CIRUELA.

CIRUELA. Ha visto V. que mania
en querernos convidar?
D. LUTG. Válgale la compañía
Ciruela, que su osadia
iba encerrado á espiar.
A ver, saca la demanda
que por cobro de reales,
á instancia de un tal Miranda
se sigue: en la mesa anda
con las causas criminales.
Verás á ese socarron,
de Baco fiel partidario,
cual le vuelven la razon,
si niega la transaccion
que quiere hacer el contrario.
Hombre, aquel que está á lo largo!...
El defensor que demanda?
CIRUELA. De los bienes el embargo, (Leyendo.)
de las costas con recargo
hasta pagar al Miranda.
D. LUTG. Bueno; ponle alli otra vez;
conque, Ciruela, ahi tienes;
si no transije, ¡pardiez!
el decreto firma el juez
y se le embargan los bienes.
A ver si entonces lo salva
su báquica turbacion.
CIRUELA. Como el rocío del alba,
mas suave que una malva
vendrá á implorarnos perdon.
D. LUTG. Eso si que yo no atajo:
soy con mis costas impío;
come de tejas abajo
cada cual de su trabajo
y este, Ciruela, es el mio.
Bien demuestro ser amable

en casi todos mis hechos;
pero, amigo, inespugnable,
inflecsible, inecsorable,
con respecto á mis derechos.
Si el embargo se ejecuta,
ó al menos la transaccion,
precederá, sin disputa,
de las costas la minuta
cual parte de la oracion.
Por que si piensa el gabacho,
viendo mi suma bondad
al encontrarle borracho,
que yo de balde despacho,
se equivoca en la mitad.
No diga el vulgo avariento,
que el bien ajeno codicio
por este procedimiento;
yo solo cobrar intento
lo concerniente á mi oficio.
Que asi como es racional
que el laborioso artesano
pida al amo su jornal,
tambien, Ciruela, es legal
que lo ecsija el escribano.
Como ven que la mision
nuestra, no es tan material
como otras, sin razon,
que nos den retribucion
toman los hombres á mal.
Y nos injurian profanos,
teniéndonos ódio eterno,
y aun añaden inhumanos,
que todos los escribanos
al morir van al infierno.
Nosotros no contestamos;
son mas nobles nuestros pechos,
que con su escarnio engordamos,
pues, y asi viviendo vamos
cobrando nuestros derechos.

CIRUELA. Esas censuras son llenas
de absurdos; si en su juicio
Dios premia las almas buenas,

impondrá á los malos penas
sin clasificar oficio.
Y si no, los luteranos
y secuaces de Voltér
sin haber sido escribanos,
en la hoguera, por profanos,
infernal, deben arder.
Mil veces he disputado
con la vulgar necedad
pensar tan desatinado,
y D. Lutgardo, he triunfado
apoyado en la verdad.
Pues como sus pensamientos
basaban la estupidez,
fueron vanos sus intentos,
venciendo mis argumentos
formados con solidez.

D. LUTG. Es claro; dice un autor,
que el que sin razon arguye
en defensa de un error,
sin enemigo orador,
por si solo se destruye.
Por eso con arrogancia
triunfaste de la cuestion
humillando la ignorancia,
al defender la importancia
de tu ilustre profesion.
Pero en fin, deja á esos moros
que murmuren sin cesar,
y que nos lancen desdoros
por su lengua y por sus poros...
riete tu á su pesar.

CIRUELA. Es cierto; mas con cordura
se corrije ese desman.

D. LUTG. Deja tu tan vil censura,
y prosigue la escritura
que á recojerla vendrán.

CIRUELA. Qué embriaguez tan malvada:
por el estorbo de Pedro,
la escritura malhadada
no está del todo acabada;
mas por eso no me arredro.

(Se sienta á escribir.)

ESCENA X.

DICHOS, LUCIA y FRANCISCO, este quiere hablar y Lucia lo sujeta.

FRANC. D. Lutgardo!
D. LUTG. Mas tarea?
Y Perico?
FRANC. Ya se fué:
yo vengo á pedir á usté
un favor.
D. LUTG. Pues lo que sea,
pronto.
FRANC. Déjame mujer,
que eres mas impertinente....
LUCIA. Que hombre tan imprudente
y tonto!
D. LUTG. Vámos á ver:
acabemos.
FRANC. Pues, señor;
sabrá V. que yo.... ¡Lucia!
de la antigua loteria
soy constante jugador.
D. LUTG. Que me importa su contina
y desmedida aficion?
Acaso administracion
principal es mi oficina,
ó yo lotero me he vuelto?
El ecsordio ha estado raro!
FRANC. No me deja ser mas claro
este cáustico.
LUCIA. No suelto,
por que sé vas á decir
alguna majaderia.
D. LUTG. Pero, señora Lucia,
déjelo Vd. concluir.
LUCIA. Mas si no se me despinta
lo que quiere.
D. LUTG. Que tontera!
FRANC. (Yo solo venir debiera

por las plumas y la tinta.)

CIRUELA. (Escena de sentimiento
representada en un risco!)

D. LUTG. Continue Vd. Francisco,
sin detencion.

FRANC. Al momento.
Cielos! Se me fué el sermon!...
Ya se ve, con el constante
pellizcar de esta ignorante,
y su necia oposicion
á mi suerte, á mi ventura!...
¿Me mezclo yo en tus acciones?
deja mis inclinaciones.

LUCIA. Si no fuera una locura!

FRANC. Pero el destino que falle.

D. LUTG. Finalice Vd. por Dios,
ó á disputar van los dos
á la puerta de la calle.

LUCIA. En España y sus Américas
no hay hombre mas sin razon.

FRANC. D. Lutgardo, que aversion
á mis tareas numéricas!

D. LUTG. Bien; siga Vd.

FRANC. Pues, señor;
yo siempre estoy escribiendo
combinaciones haciendo
con el cálculo mejor:
pensamiento tan glorioso
me precipita y ecsalta;
solo un número me falta
para el terno venturoso,
que en la prócsima estraccion,
D. Lutgardo, he de jugar,
y al mismo que he de mirar
premiado con un millon.
De consiguiente, señor,
que para hallar de seguido
ese número perdido,
vengo á pedirle el favor.

D. LUTG. Pero, qué es lo que desea?

FRANC. Señor; mi familia necia,
al ver esto, me desprecia,

me aniquila, me marea;
y pretende en su imprudencia,
destruyendo mi ventura,
que mi cálculo es locura,
monomania ó demencia.
Con proceder tan severo
é injusticia tan cruel,
no me dán tinta, papel,
ni plumas.... y ni aun dinero.
Pues gracias á algun amigo....

LUCIA. Ya á todos los tienes hartos.

FRANC. Que me presta ocho ó diez cuartos,
jugar un terno consigo.

D. LUTG. Con muchos colores pinta,
usted, su ardiente pasion;
que es lo que quiere en cuestion?

FRANC. Una poquita de tinta
y una pluma.

D. LUTG. Ja! ja! ja!
A risa el favor provoca!
Ciruela, dale una poca.

CIRUELA. Donde echarla traerá?

FRANC. La botella, señor, esta.

CIRUELA. Jesus!
(Sorprendido al ver la magnitud de la botella.)

FRANC. Pero no se asombre.

CIRUELA. No me he de asombrar? buen hombre,
la tinta el dinero cuesta.

FRANC. Lo sé; mas, por vida mia,
no se entere el secretario....
(Ciruela le echa tinta y le dá una pluma: D. Lutgardo y Lucia hablan aparte.)

LUCIA. Matarle era necesario.

D. LUTG. No haga Vd. caso, Lucia.

CIRUELA. La pluma.

FRANC. (Digno alguacil!)

CIRUELA. Vaya con Dios!

FRANC. Estimando!
Lucia, vamos andando.
D. Lutgardo, gracias mil!
Recordaré la merced
cuando el millonzuelo llegue.

D. LUTG. Al Autor del mundo plegue,
y entretanto mande Vd.
LUCIA. Sí, que su premio vendrá,
cuando la verdosa rana
pueble su cuerpo de lana.
FRANC. Que fastidiosa!
TODOS. Ja! ja! (Riendo.)
(Francisco ase del brazo á su mujer; llega á la puerta del fondo y se vuelve de pronto: ella lo sujeta.)
FRANC. D. Lutgardo!
D. LUTG. Otra te pego!
FRANC. Que tambien me dé un poquillo
de papel; un cuadernillo,
ó lo que quiera, le ruego.
D. LUTG. Hombre no queda ninguno.
LUCIA. Me alegro!
FRANC. Que perjuicio!
D. LUTG. Porque el que tengo es de oficio
y ese no se dá.
LUCIA. Importuno!
FRANC. (No, pues lo que es la botella
de la tinta, he de guardar
en sitio que no han de dar
por mucho que anden con ella.)
Con que no?... mucho lo siento.
D. LUTG. Yo tambien.
FRANC. Ea! con Dios!
D. LUTG. Que con Él vayan los dos.
LUCIA. Lo ves, poco miramiento?
tu compañía es dañina.
FRANC. (Si, mira no te pervierta.) (Vánse.)

ESCENA XI.

D. LUTGARDO y CIRUELA.

D. LUTG. Ciruela! cierra la puerta,
que se acabó la oficina.
CIRUELA. Viene bien, de la escritura
al pie llego en este instante.
(Se levanta y cierra la puerta del fondo.)

D. LUTG. No venga igual litigante
á ecsijir otra tontura.
Me niego á hacer mas mercedes.
CIRUELA. D. Lutgardo, satisfecho
su mandato está.
D. LUTG. Bien hecho.
¿Hoy es martes Nicomedes?
CIRUELA. Si señor.
D. LUTG. Yo bien decia;
asi se ha visto el despacho.
Maritornes; el borracho;
ese de la loteria.....
Un mártes siempre es tirano.
CIRUELA. Tan malo el dia no ha sido,
que ha dejado usté en olvido
al que regaló el marrano.
D. LUTG. Es verdad: ¿y eso que es,
Ciruela, en tan larga cuenta,
cuando la infernal tormenta
con truenos vino despues?
En fin, los trabajos deja
ahora y á la noche ven.
CIRUELA. Bueno.
D. LUTG. Y en un santi amen
la escritura se coteja.
CIRUELA. Precision no hay absoluta.
D. LUTG. Menos prisa se han de dar
sus dueños, para abonar
el valor de la minuta.
Escucha; si el tahonero
comete la accion villana
de no venirse mañana,
á las dos, como lo espero,
le llevas el espediente
al señor juez, con encargo
de que te firme de embargo
el auto correspondiente.
Aunque siempre estoy remiso
en llevar tan mal presente
á una familia inocente;
pero, Ciruela, es preciso.
CIRUELA. (Que manera de engañar!)

Ya se ve, su mal prefiere.

D. LUTG. Lo que el imbécil no quiere
es transijir ni pagar.

CIRUELA. Que necio! asi se verá.

D. LUTG. Es claro; te has enterado?

CIRUELA. Si señor: quedo iniciado;
como lo dice se hará.

D. LUTG. Nada, Cirolita, firme,
que es útil la obcecacion.

CIRUELA. ¿Acabo de suscricion
la cláusula, antes de irme?

D. LUTG. Bien, Ciruela, yo me voy. (Váse.)

ESCENA XII.

CIRUELA.

CIRUELA. Con la muerte del marrano
anda mi buen escribano
de prisa por demás hoy.
No me pude reprimir
cuando injusto pretendia,
la inocencia de Mejia
humillar y deprimir.
Dan ridícula importancia
á su fé los practicones,
y tan mezquinas acciones
son hijas de su ignorancia.
Acaso en punibles hechos
avara pasion practican,
y la virtud sacrifican
por aumentar sus derechos.
Del rutinario es inmensa
la ambicion: furioso, loco,
el saber le importa poco
y solo en sus costas piensa.
Es por lo tanto prudente
que cual otros funcionarios,
señalen á los notarios
el sueldo correspondiente.
Tambien reformen humanos

los embargos inciviles,
donde son los alguaciles
jefes de los escribanos.
Y aun cuando alguacil yo soy
desprecio orgullo tan vano,
que mas tarde ó mas temprano
á ser notario al fin voy.
Para que termine el mal
de escribanesca anarquia,
publique la patria mia
el proyecto notarial.
El certámen determina
los que atenciones merecen,
y asi tambien desparecen
los vicios de la rutina.
Muerte al saber, con frecuencia,
favor y gracia le dán;
y por eso en lucha están
el empirísmo y la ciencia.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Una de las habitaciones de la tahona de Pedro: puerta á la derecha del espectador, la cual conduce á la calle: dos á la izquierda, que se comunican con lo interior de la casa; más al proscenio, se vé la embocadura de un horno á la altura competente, y en el fondo un tablero cubierto de pan, una mesa pequeña con recado de escribir, dos sillas, un peso, costales y otros objetos propios de esta clase de establecimientos.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO y LUCIA.

Francisco aparece sentado en una silla, con una pluma en la mano y durmiendo: Lucia entra llamándolo por la puerta de la izquierda.

LUCIA. Francisco?... Ya está roncando.
Francisco?... Por la otra puerta.
Dichoso tu, que feliz
se desliza tu ecsistencia,
sin alterarte por nada
y sin nada hacerte mella:

siempre con supersticiones
tu imajinacion cubierta,
echando inútiles cábalas,
combinaciones numéricas;
consultando tu fortuna
con la luna y las estrellas
para jugar luego un ámbo
ó cinquina, á esa indirecta
contribucion nacional,
italiana ó francesa
que llamamos loteria,
bien primitiva ó moderna.
Dichosa vida, Francisco!...
come, ronca y echa cuentas,
sin advertir que algun dia
moriremos de miseria
del hijo nuestro apurada
la caridad y clemencia;
que no hay posicion ninguna
tan pobre como la nuestra;
comiendo el pan por la mano
de un hijo que hoy nos aprecia
y tal vez mañana mismo
si es preciso nos detesta,
accediendo á los consejos
de esa mujer tan....

FRANC. (Soñando.) El treinta.

LUCIA. Un demonio que te lleve
con tus cábalas!

FRANC. (Lo mismo.) Decena:
las cabrillas que son siete.

LUCIA. Vaya un loco! Pues no sueña
con el juego!

FRANC. Fijo está;
el treinta y siete.

LUCIA. (Moviéndolo.) Despierta
y no delires!

FRANC. (Levantándose sorprendido.) Qué terno?
¡¿Con que salió el de Minerva?!

LUCIA. El del infierno.

FRANC. Cuidado,
que ese lugar no entra en cuentas.

LUCIA. Asi el trigo, majadero,
al sol en el patio dejas?
Si Pedro lo vé....

FRANC. (Muy misterioso.) Lucia,
la suerte dá muchas vueltas
y acaso, mujer, mañana
no temamos su presencia:
porque, escucha; viene alguno?...

LUCIA. Nadie viene, son las piedras.

FRANC. Despues de observar los astros
durante la luna llena,
mi compadre, que es un sábio
cabalista de primera,
y yo que tengo, Lucia,
no muy poca inteligencia,
hemos combinado un terno
en la estraccion venidera.
Los números que lo forman,
fruto de nuestras tareas,
anuncian salir premiados
de las cábalas las reglas:
ni una señal hay tan sola
que esta verdad no demuestra:
boca arriba, boca abajo,
vistos de todas maneras,
salen premiados los tres
aunque se oponga Minerva;
que asi la razon lo dice,
el tiempo, la inteligencia,
el firmamento, los astros,
el sol, la luna y la tierra:
en todos hay conviccion;
nadie oposicion revela.
Con que Lucia, cuidado,
une á tus fauces la lengua,
y ni una palabra digas
que pueda ser indiscreta.

LUCIA. Sabes lo que siento yó,
que asi pierdas la cabeza
y redobles la desgracia
que sobre mi cuerpo pesa.
Eres un necio, un zopenco

en tener esas creencias.
Tu compadre es otro loco
alumno de igual escuela,
que hace ya mas de diez años
que perdisteis la conciencia,
y por jugar un tresillo
vendeis hasta las calcetas,
sin que á esta fecha haya habido
mas fruto que las promesas
de vuestra esperanza loca
y vuestra mentida ciencia.

FRANC. Pero ahora, esposa mia,
no es ilusion, no es promesa,
que hay verdad, seguridad,
realidad y certeza;
y afirmo, apuesto y espongo....

LUCIA. ¡Ay Francisco, Dios lo quiera!
Pero ya se me olvidaba
el error de tu cabeza,
y la idea dominante
que tu razon desconcierta,
que un cabalista y un loco
hecen ciento.

FRANC. Sé mas crédula,
y fiáte de tu esposo
que el engañarte no piensa.

LUCIA. Bien, Francisco, tu mania
va ya tocando en demencia.
Vamos dentro y mientras yo
escojo trigo en la mesa,
del sol apártalo tu
y déjate de tonteras,
que la fortuna á nosotros
nos tiene la espalda vuelta,
y tus cábalas no pueden
en nuestro favor ponerla.
Con que vamos al instante
no sea que Perico venga.

FRANC. Pierde cuidado, que pronto
mas libre nuestra ecsistencia
miraremos deslizarse,
sin asustarnos la idea

de que Perico nos mira
y su mujer nos observa.

LUCIA. Anda al demonio, que ya
acabastes mi paciencia. (Váse.)

ESCENA II.

FRANCISCO.

FRANC. Sigue en tus trece, Lucia,
obstinada é inconfesa,
á impulsos de tu mania,
que pronto llegará el dia
de una agradable sorpresa.
Y entonces... ¡oh que contento!
Viendo el oro al por mayor
que á producido el talento,
un pleno convencimiento
has de tener de tu error.
Mi compadre Malaguilla,
que es tan diestro zapatero
como en las cábalas brilla,
ya compra suela en Sevilla
á cuenta de este dinero.
¿Y quien sino mi mujer,
pertinaz é inoportuna,
la verdad no ha de creer?
¡Oh grande y supremo Ser
que asi cambias mi fortuna!
Cuando alegre cruza y pasa
esta idea por mi mente,
mi placer no tiene tasa;
voy á comprar una casa
en el sitio mas decente.
De la infernal ambicion
nunca he sido partidario;
mientras menos presuncion
adquiere mas opinion
la vida de un millonario.
Por que la misma franqueza
con que ahora identifico
mi escasez y mi pobreza,

conservaré con nobleza
mañana cuando sea rico.
No hay hombre mas venturoso:
mi esperanza no es juguete
que solaza el pecho ansioso;
terno mágico y dichoso
del *diez, cuatro* y *treinta y siete.*
No me atrevo á pronunciar
este tresillo de oro
del mundo sin recelar,
no me vayan á robar
el filon de mi tesoro.
Mas vamos, que Periquete
ha tomado unos vasitos,
y sin que nada respete,
pronto empezará el zoquete
á darme imprudentes gritos. (Váse.)

ESCENA III.

FRANCISCO y TERESA.

TERESA. Habrá destino mas negro?
PEDRO. Resignacion y cordura.
TERESA. No: la paciencia se apura
con una suegra y un suegro.
PEDRO. Vamos, Teresa, sé amable,
que asi todo se concilia,
y la paz de una familia
es siempre recomendable.
TERESA. ¡Dichosa madre que observa
un hijo que asi la estima,
y la regala, y la mima,
y sus caprichos conserva!
Y mujer infortunada
que cual yo vé á su marido
con su madre embebecido,
y con ella....
PEDRO. -Que pesada!
TERESA. Es un regalo: un placer
de la mujer que se casa,

tener á la suegra en casa
para darla de comer:
y hecha mirarse su dama
de honor!... pues!...

PEDRO. Que disparate!

TERESA. Y llevarla el chocolate
si es menester á la cama.

PEDRO. Acalla tu injusto afan;
tu persona nunca ultrajan,
y demasiado trabajan
por un pedazo de pan.
Mi padre en nada se mete
y vive con su mania,
pensando en su loteria
y en la cinquina del siete.
Hace el pobre lo que puede
con la precisa torpeza,
que al vigor y ligereza
de la juventud sucede.
No dudo que es neglijente,
pero á un anciano, mujer,
no le ayudan mucho á ser
sus años mas dilijente.
Mi madre, aunque mas esquiva,
y de agena condicion,
cumple con su obligacion:
que con su caracter viva.
A que tú á reñir te pones?
Corta, Teresa, este mal
que yo siempre soy neutral
en vuestras necias cuestiones.

TERESA. No debe otra cosa hacer,
porque tiene....

PEDRO. Vive Cristo!

TERESA. Un abogado muy listo
que la sabe defender.

PEDRO. De tu encono no hago aprecio
ni de tu queja infundada,
que esa idea malhadada
merece solo....

TERESA. Desprecio.
¿A que tu labio contienes?

Prevalte esposo, y bien hecho,
de la fuerza y el derecho
que sobre mi cuerpo tienes.
Yo en tu lugar otro tanto
hiciera, mas ¡que ilusion!
Leyes de mujeres son
la fidelidad y el llanto.
Sin diques el hombre ingrato
ejerce su voluntad;
predominio y libertad
le presta el mundo insensato:
y escarnece, en falso jura,
viola, seduce, intriga,
y á la mujer se castiga
si para el hombre es perjura.

PEDRO. Teresa, estravios son
sin duda tus pretensiones;
dájate de reflecsiones
y vuélvete á la cuestion.
Yo no deseo otra cosa,
mi pensamiento se encierra
en que haya paz y no guerra
entre la suegra y la esposa.
En mis hechos imparcial
á la razon solo atiendo,
y ni á mi madre defiendo,
ni tu demanda ilegal.
Por Dios que mi estrella es fiera;
acabe la infernal danza,
y una completa alianza
haced la suegra y la nuera.
Ella diz; tu refunfuñas,
procedeis á indignos tratos,
y estais cual perros y gatos
siempre en ristre con las uñas.

TERESA. Yo en esto no soy culpable:
tu madre que es una loca
y mi coraje provoca
con su genio insoportable.
Y tiene este proceder,
porque su hijo no la enseña
diciéndole, que la dueña

de la casa es su mujer.
Pues comprender le interesa,
que come por que yo soy
quien alimento le doy.

PEDRO. Por Jesucristo, Teresa!

TERESA. Que vaya con tiento andando,
y consulte mi persona,
Perico, que en la tahona
yo soy el ama y yo mando.
Abusa mucho, con mengua
de mi deber, la señora.

ESCENA IV.

DICHOS, LUCIA y FRANCISCO, este sujeta á su mujer.

LUCIA. Oiga V., calumniadora!
Inhumana! mala lengua!
Eres un tigre! una hiena!
Miré tu labio de cieno
arrojar todo el veneno
de que tu sangre está llena!

PEDRO. Madre!

TERESA. No te opongas, Pedro,
deja á esa vieja....

PEDRO. Mujer!

TERESA. Que no me puede ofender
ni de su lengua me arredro.

LUCIA. Mucho sentiré en el alma
tener que tapar tu boca.

TERESA. Señora, Vd. está loca;
mas sangre fria, mas calma.

FRANC. Vente, que los premios pronto
vendrán de la loteria,
y entonces puedes, Lucia....

LUCIA. Hombre, por Dios, no seas tonto!

PEDRO. Mas que escándalo, ¡pardiez!
Callen pronto, vive Dios,
ó á la calle van las dos
para acabar de una vez!
Por Cristo, que ya me abrasa

vuestro trato pendenciero,
y prevengo, que no quiero
mas reyertas en mi casa.
Cuidado, pues, que en mis planes
no admito contradiccion.

FRANC. (Presto daré conclusion
con mi terno á estos desmanes.)

LUCIA. Ella fué quien con desdén
me escarneció!

TERESA. San Fulgencio!
Vd. fué la que...

PEDRO. Silencio:
ó me enfado yo tambien.
Saber no anhelo, por Dios,
cual la primera haya sido,
que insultaros bien he oido
bajamente á ambas á dos.
Ya todo está por demás;
y en mi casa, os lo suplico
por vuestro bien, chito el pico
y á no ofenderse jamás.

ESCENA V.

DICHOS y SANTIAGO con una tabla de pan que coloca en el fondo.

SANTIAGO. Señor Pedro; el mayordomo
de D. Cornelio me ha dicho,
que ponga Vd. mas cuidado
en el pan de su cortijo,
que no lo pueden comer
por duro y por desabrido.
Doña Casilda Ronquera,
que cuide mucho, me ha dicho,
el que no salga otra vez
requemado su àmasijo.
D. Próspero, que las roscas
son de tierra y no de trigo.
Doña Te....

PEDRO. Calla, muchacho!

Te apeas á lo pollino.
¿No sabes que los marchantes
siempre han de decir lo mismo,
aunque vayan cual las hostias?

SANTIAGO. Yo lo que me dicen digo.

PEDRO. Bien hombre; que saben ellos
lo que dicen; malo ó rico
siempre le ponen defectos
que nunca el pan ha tenido:
y sin embargo, no dejan
de comprarlo.

SANTIAGO. Cabalito.

PEDRO. Con que vete con mi padre,
y recojer ese trigo
que al sol está en las esteras.

SANTIAGO. Está bien, señor Perico.
Lo mejor se me olvidaba:
me encontró en el Cobertizo
D. Lutgardo el escribano
y con gravedad me dijo,
que Vd. burlándose andaba
de la justicia, y hoy mismo
venia á embargar á Vd.
hasta los clavos mas chicos.

TERESA. Pero, Pedro! ¿Porqué causa?

FRANC. Dios Santo!

LUCIA. Porqué motivo?

PEDRO. Por nada: por la fianza
que he prestado á Bernardino,
me piden seis mil reales
en que alcanzado ha salido.
Sin comerlo ni beberlo
es duro, por Jesucristo,
tener que desembolsar
el sustento de mis hijos.
Yo al escribano cruel
mas de mil veces le he dicho,
que por que causa á Bernardo
no lo mandan á presidio,
y lo matan, y lo áhorcan,
hasta purgar su delito:
que no hay justicia en latierra

si á un hombre como Perico,
le sacan ese dinero
por ser fiador sencillo
de un tuno; que no pagaba
mientras lo mirase vivo,
y que haria un disparate
y un horrendo desatino,
si por fuerza me sacáran
lo que jamás he debido.

TERESA. Pero, Pedro, habla y convence
al escribano ahora mismo,
evitando que el embargo
se lleve á efecto debido:
ve en el instante á buscarlo!

LUCIA. No te detengas, Perico!

PEDRO. Voy al punto: ni á la madre
que á este mundo me á traido,
por mas amor que le tenga,
fiaré en lo sucesivo.
Teresa, mi calañes;
vosotros á alzar el trigo.
(A Francisco y Santiago.)

TERESA. Dios quiera llegues á tiempo:
y no bebas mas Perico!

FRANC. (Ya me restan pocos dias
de estar en este ejercicio.)
(Vánse: Pedro por la derecha, y Francisco y Santiago por la izquierda.)

ESCENA VI.

TERESA y LUCIA.

TERESA. Es duro y cruel, señora,
y fuerte cosa por Dios,
tener que purgar un crimen
el que no lo cometió,
por insolvencia escluyendo
al verdadero deudor.

LUCIA. Qué quieres? Las leyes esas
del pícaro mundo son;
mas, Teresa, querrá el cielo

sacarnos con bien, que no
desconfiar deberemos
de la bondad del Señor.
Pedro hablará á D. Lutgardo,
y prestará abnegacion
de fijo, que un escribano
no es tan malo, ¡vive Dios!
como la vulgar malicia
neciamente lo pintó;
por que mira el otro dia
como accedió á tu favor.

TERESA. ¡Ay Madre! Que D. Lutgardo
tiene un caracter atroz;
pero con tal que benigno
se muestre en esta ocasion,
será el hombre mas bendito
que hay desde aqui á el Ecuador.

LUCIA. Yo, Teresa, no lo dudo,
que confio mucho en Dios;
verás como el escribano
se pone de su favor,
y al pillo de Bernardino
lo encierra en una prision:
infame! del cocodrilo
con el llanto y el dolor,
y con falsa mansedumbre
á Perico enterneció,
de su alevosa persona
haciéndolo fiador.
Esta es una estafa, un robo
ejecutado á traicion!
¿Porqué con una escopeta
á un camino no salió?

TERESA. Hay madre! de esa manera
su infame vida de horror
espondria á que una bala
le diera muerte feroz,
que ya el hombre no se aterra
de la vista de un ladron.
Otro tiempo, el hombre infame
que á esta vida se entregó,
sabia adquirirse fama

de impío y mal corazon,
y con decir; «*aqui está*»
por ejemplo, «*Agamenón*»
los hombres mas animosos
se cubrian de terror;
pero en el tiempo presente
ese espanto se ahuyentó,
que los lobos no se muerden
segun proverbio español,
y ya un hombre de otro hombre
no manifiesta temor.

LUCIA. Has hablado como un libro
de sagrada religion;
que en otro tiempo, eso mismo
sucedia, si señor;
que cuando José María,
vamos, si me acuerdo yo,
su nombre solo....

TERESA. Mudando,
madre, de conversacion,
por si viniesen mal dadas,
ocultar no era mejor
todo lo que aqui tenemos
de mas consideracion?
Yo he mirado hacer lo propio
en la casa de Quirós
en iguales circunstancias,
y aquello no se embargó.
¿Con que vamos ha hacer eso,
y se evita?...

LUCIA. Que candor!
¿No conoces que esta casa
es propiedad de los dos;
la tahona, trigo, bestias,
todo?...

TERESA. Verdad, fué un error.

LUCIA. ¿De que sirve que ocultemos
algun mueble en un rincon,
cuando detrás, por desgracia,
se nos queda lo mejor?
Veremos si con dulzura,
lágrimas y sumision,

hacemos que el escribano
se declare protector.

TERESA. ¿Y Pedro, hará de las suyas,
madre?

LUCIA. No lo quiera Dios!

ESCENA VII.

DICHAS y la CRIADA.

CRIADA. Ave María!

TERESA. Quién es?

CRIADA. Señora Teresa, el pan.

LUCIA. Cuantas piezas quieres hoy?

CRIADA. Dos roscas.

LUCIA. (Dándoselas.) Vayan allá.

CRIADA. Y Santiago?

TERESA. En el trigo
él y mi padre estarán:
muchacha, tu eres su novia.

CRIADA. No señora, ja! ja! ja! (Riendo.)
él se merece otra cosa.

TERESA. No lo ocultes, si es verdad.

CRIADA. Ja! ja! No señora.

TERESA. Escucha;
¿y tu señor donde está?

CRIADA. Yo no sé, salió temprano.

TERESA. Habrá ya vuelto quizás.

CRIADA. No se: con Dios y memorias.

TERESA. A Dios!

LUCIA. A Dios!

CRIADA. Ja! ja! ja! (Váse.)

ESCENA VIII.

LUCIA y TERESA.

LUCIA. Esa muchacha es muy loca.

TERESA. Es tonta, madre, además.

LUCIA. De Santiago tu mozo

como enamorada está,
solamente piensa en él
y hasta se fué sin pagar.

ESCENA IX.

DICHAS y ALEJANDOR.

ALEJAND. Dios guarde á Vds.!
TERESA. Y á Vd.
tambien.
ALEJAND. Seis libras de pan.
LUCIA. Usté, amigo, es de Granada?
(Entregándole el pan.)
ALEJAND. No señora, de Alfacar.
La vuelta. (Dándole una moneda de plata.)
LUCIA. Cambio, Teresa,
de medio duro tendrás?
TERESA. Si señora: diga cuanto
cobro.
LUCIA. Seis libras de pan.

ESCENA X.

DICHOS, D. LUTGARDO y CIRUELA: Ciruela trae baston de alguacil y un rollo grande de papeles: habla con D. Lutgardo desde la puerta de la derecha.

D. LUTG. No conozco ni á mi hermano
al cumplir con mi deber.
CIRUELA. Siempre este oficio á de ser,
por fuerza, muy poco humano.
D. LUTG. Señoras!... (Entrando y haciendo saludos.)
ALEJAND. (¡Cielos!)
CIRUELA. (¡Que atento!)
(Saludando con la cabeza.)
D. LUTG. Está Pedro?
TERESA. No señor.
D. LUTG. No obstante, con su favor....
TERESA. Pase usted.

LUCIA. Sin cumplimiento.
D. LUTG. Ola, amigo! (A Alejandro.)
ALEJAND. Mi sobrante.
(A Teresa que le entrega unos cuartos.)
Servidor de usted.
(Dirigiéndose á D. Lutgardo.)
CIRUELA. Megia!
tu por aqui todavia?
ALEJAND. Si, mas me marcho al instante.
D. LUTG. A hacerse con las cochinas
millonario en Alfacar!...
ALEJAND. Me traslado.
D. LUTG. A que lugar?
ALEJAND. A las Islas Filipinas!
(Váse Alejandro: todos se sonrien y D. Lutgardo se encoje de hombros.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos ALEJANDRO.

TERESA. Siéntese Vd. caballero.
(A D. Lutgardo que no se sienta.)
D. LUTG. Vengo á cierta diligencia
que es precisa la presencia
de Pedro. ¿Vuelve?
TERESA. Lo espero
en el instante, porque
salió no hace ni una hora
á buscar á usted.
D. LUTG. Señora;
á buscarme á mi?
TERESA. Si, á usté.
D. LUTG. Por calle distinta iria
puesto que no lo he encontrado:
pero él vendrá.
TERESA. De contado.
D. LUTG. Y Vd., señora Lucia?
LUCIA. Yo tan buena, y su merced?
D. LUTG. Sigo bien.
LUCIA. Y la señora?
D. LUTG. Tan ragular anda ahora.

LUCIA. Y este es el mayor de usted? (Por Ciruela.)
D. LUTG. No: Nicomedes Ciruela,
el hijo de D. Clemente.
CIRUELA. De D. Lutgardo escribiente,
alguacil y ayo de escuela.
Servidor. (Inclinándose.)
LUCIA. Sea norabuena.
TERESA. (Tiene facha de milano
el aprendiz de escribano.)
D. LUTG. (Daré principio á la escena.)
Con que, Teresita, es cierto
que como muertos, callando,
os vais con maña llenando
de dineros?
TERESA. Es incierto;
pasamos, mas con miseria.
D. LUTG. (Yo te sacaré si tienes
muchos semovientes bienes
que son de mas buena feria.)
Vamos, que el tal Periquete
la logró con su tahona;
la fama su bien abona.
¿Cuantos mulos tienes?
TERESA. Siete
y tres pollinitos.
D. LUTG. Digo!
Y la casa!...
LUCIA. (Cancerberos!)
D. LUTG. Con sus precisos graneros
henchidos todos de trigo!
Luego además los enseres
de tu panadero oficio....
Vamos, te quejas de vicio.
CIRUELA. (Bien cumples con tus deberes!)
TERESA. No señor, tengo un pasar:
ni gozamos de grandeza
ni tampoco de pobreza;
nos hallamos regular,
sin muchas deudas tener.
D. LUTG. Vaya, vaya, Teresita!
Escucha; y una mesita
pequeña, querrás traer?

TERESA. Al momento, D. Lutgardo.
¿Esta es buena?
(Aprocsimando la que está en el fondo.)
D. LUTG. Muy famosa:
voy á escribir cierta cosa
mientras á Perico aguardo.
Muchas gracias. Nicomedes!
CIRUELA. Mande usted? (Horrible encargo!)
D. LUTG. La dilijencia de embargo
ínterin formular puedes.
(Ciruela coloca la mesa á la derecha del espectador y corta una pluma.)
CIRUELA. Harélo sin dilacion
hueco dejando....
LUCIA. (Que par!)
CIRUELA. Bastante para firmar
esta notificacion
del auto del señor juez.
D. LUTG. Se entiende.
CIRUELA. Ya está cortada
la pluma.
D. LUTG. Despues, Granada,
la fecha y cual la otra vez.
CIRUELA. (En estas cosas se embebe:
está en su fuerte embargando.)
(Sentándose á escribir.)
D. LUTG. Me dás aviso en llegando
á lo que embargar se debe.
CIRUELA. Pierda usted todo cuidado.
(Cielos! ya cayó un borron!
(Ejecutando lo que el verso espresa.)
No hay miedo; su lamenton,
escupo y estoy salvado.
Distinto el caracter es!
Pues no paso un dia amargo
cuando vengo á algun embargo!
Y ese viejo es al revés!
Del llanto toma refrescos;
sónle de gozo estos ratos
y al mismo Poncio Pilatos
retendria los gregüescos.
Su pecho no se contrista
ni nadie le importa un cero,

que al ir á embargar al fiero
de Almendra el contrabandista!....
Con horror recuerdo el dia!
Hubo osada resistencia
y peligró su ecsistencia
juntamente con la mia!
Su calma y cachaza envidio,
pues no se apura por nada;
de aquella triste jornada
Almendrita fué á presidio.
Veremos si en el presente
no hay la misma conclusion,
y el tahonero en cuestion
no aparece delincuente.)

(Durante el monólogo de Ciruela, D. Lutgardo por sus gestos y ademanes figura hablar con Teresa y Lucia.)

D. LUTG. No haya miedo, Teresita,
muy equivocada estás;
simple fórmula no mas
en tu casa es mi visita.
No demuestres impaciencia,
hija de tu sencillez,
al auto del senor juez
hay que prestar obediencia.
Yo en su cumplimiento debo
embargar y retener;
pero tonta, á tu poder
volverá todo de nuevo.
Ecsesivos mis derechos
no serán de todo punto;
despues, se arregla el asunto
y quedamos satisfechos.
Tambien á Pedro inclinaron
mal; á todo se negó,
y ni al juicio asistió
que al principio lo citaron.
Luego siguió el espediente,
en cobro de esos reales,
por sus trámites legales
hasta el decreto presente.
Que embargo de bienes manda,
inmuebles y semovientes,
al fiador Pedro Fuentes

á instancia de Juan Miranda.
Pedro ha perdido el derecho
de defender sus acciones;
varias notificaciones
por cédula se le han hecho.
Como no se personaba
cual debiera en mi oficina....
Ya se vé, la otra gallina
por sus respetos campaba.

TERESA. ¿No habló con usted Perico?

D. LUTG. Si: se presentó borracho
y solo quiso el gabacho
un lance empeñar no chico.
Tu presencia respeté,
por eso en *casa de abuela*
con mi escribiente Ciruela
su persona no mandé.
Despues de su embriaguez
no recibí ni un aviso,
y obedecer es preciso
lo que manda el señor juez.

TERESA. Que desgraciada Dios Santo
vine á este mundo! (Llorando.)

LUCIA. Que pena,
Vírgen de la Magdalena!

D. LUTG. Pero suspended el llanto,
no haced vuestro gusto amargo;
si no hay que lamentar nada,
que diantre!

CIRUELA. Ya está acabada
la dilijencia de embargo.

D. LUTG. Bien, Ciruela, un poco espera.
Con que, Teresa, alegría!
Y usted, señora Lucia,
¿á que viene esa tontera?
Vaya: os poneis el ungüento
aun antes que salga el grano!

CIRUELA. (La vista de un escribano
como tu, produce un ciento.)

TERESA. Yo confio en su clemencia!

LUCIA. D. Lutgardo, caridad!

D. LUTG. Nicomedes!—Descuidad.

Léeme la diligencia
que hayas puesto en la demanda.
(D. Lutgardo se dirije á su escribiente: vuelve la cara para decir á Teresa y Lucia que descuiden, y continua hablando con Ciruela.)

CIRUELA. (Es de los embargos rey!)
D. LUTG. Está bien?
CIRUELA. Como la ley
de enjuiciamiento manda.

ESCENA XII.

DICHOS y PEDRO, que desde luego dá muestras de venir embriagado.

PEDRO. Ola! aqui lo bueno todo
de Granada, está esperando?
D. LUTG. Lo bueno vienen buscando.
CIRUELA. (¡Ay Jesus, que está beodo!)
PEDRO. Y mi casa, diga usted,
se ha vuelto una escribania?
(Dirigiéndose á Ciruela; pero este se hace el distraido y contesta por él D. Lutgardo.)
D. LUTG. Hombre, no.
PEDRO. Como veia
escribiendo á su merced.
D. LUTG. Como tu no te has dignado
á casa otra vez llegar,
te vengo yo á visitar.
PEDRO. Mil gracias!
TERESA. Pedro! Cuidado!
D. LUTG. Tu mozo te anunciaría
mi venida.
PEDRO. La anunció;
y la noticia me dió
de que á embargarme venia.
D. LUTG. De este modo el juez lo ordena;
tu has querido aquestos males,
y al pago de esos reales
con las costas te condena.
Con que, Perico, aqui tienes
lo que el decreto confirma,

la notificacion firma
y embargarémos los bienes.

PEDRO. (Vamos me encuentro en un potro!)

D. LUTG. Perdona que asi proceda;
pero el derecho te queda
de repetir contra el otro.

PEDRO. El otro! Vaya un halago!
No tiene casa, ni hogar!

D. LUTG. Pues amigo, no fiar!

PEDRO. Pues D. Lutgardo, no pago!

D. LUTG. Está bien, se embargará
el débito á cubrir hasta,
luego en pública subasta
todo se te venderá.
Con que, Pedro, vé diciendo
cuantas bestias, que te aguardo:
á despachar.

PEDRO. D. Lutgardo,
sabe Vd. que en no queriendo...

D. LUTG. Sigue tú la diligencia. (A Ciruela.)
Hombre, no seas majadero. (A Pedro.)

PEDRO. No escriba Vd.: yo no quiero;
se concluyó mi paciencia!
(Le dá un puntapié á la mesa, que cae rodando con el tintero y espediente: Ciruela se pone á el lado de D. Lulgardo que con asombro y furor esclama.)

D. LUTG. ¡Que temeridad!... ¡Perico!

CIRUELA. ¡En mis barbas insolente?

PEDRO. Ahora al horno el espediente.
(Cojiéndolo del suelo y arrojándolo al horno.)

TERESA. Ay!!

LUCIA. Pedro!!

PEDRO. A ver si me esplico!

D. LUTG. Me parece una ilusion!

CIRUELA. Voy á sacarlo del fuego.

PEDRO. Si yo el permiso le niego;
venga Vd.

CIRUELA. ¡Ay, mi faldon!
(Ciruela se dirije hácia el horno, Pedro lo sujeta por el frac y se queda con un faldon en las manos.)

PEDRO. ¿Quién le manda?...

CIRUELA. Me amostaza!

PEDRO. Ja! ja! ja! (Riendo.)
CIRUELA. Jocosa hazaña!
PEDRO. Vestirse de tiritaña
ó con papeles de estraza?
TERESA. Pedro! Esposo!
LUCIA. Te has perdido!
PEDRO. No apurarse.
D. LUTG. Nicomedes!
Tu obligacion hacer puedes!
A la carcel!
PEDRO. De seguido:
entonces quizás el cuento
pasára mas adelante.
(Lucia y Teresa sujetan á Pedro: D. Lutgardo y Ciruela tienen miedo y mútuamente quieren ocultarse el uno con el otro.)
CIRUELA. Date á prision al instante
y sin réplica!
(Temblando y presentando su vara.)
D. LUTG. Al momento!
PEDRO. Yo preso? Voto á mi abuela!
Yo sufrir ese bochorno?
Primero cae usté al horno
con los papeles.
D. LUTG. Ciruela!
Defiende tu digno encargo
á mano armada!
CIRUELA. Señor!
No traigo con qué!
D. LUTG. Traidor!
Y asi vienes á un embargo?
CIRUELA. Es lance comprometido;
vámonos sin embargar.
D. LUTG. Eso, Ciruela, es faltar
á mi noble cometido.
CIRUELA. En tal caso no me arredro:
basta á prenderlo mi mano.
(Ciruela haciendo un alarde de valor, se acerca á Pedro; este lo agarra: forcejean y al fin se escapa de sus manos cuando el verso lo señala.)
PEDRO. Ya no te escapas.
CIRUELA. Villano!
PEDRO. Al horno!

TERESA. Perico!!
LUCIA. Pedro!!
D. LUTG. Infame!!
LUCIA. ¡Maldita mosca!
CIRUELA. Pude escapar! Pobre escriba!...
PEDRO. Ya tu cuerpo á poner iba
tostado como una rosca!
(Ciruela se vá corriendo por la puerta que dá á la calle; Lucia y Teresa afligidas reconvienen á Pedro; este se rie, y D. Lutgardo, aunque asustado, lo contempla de hito en hito con suma circunspeccion.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos CIRUELA.

D. LUTG. (Demostraré gravedad.)
Perico!... Vaya un toreo!
Lo estoy viendo y no lo creo!
PEDRO. Pues mire V. si es verdad.
D. LUTG. Y sabes que no te envidio
lo que te puede costar?
PEDRO. El ahorrarme de pagar.
D. LUTG. No: que te cuesta un presidio.
TERESA. Un presidio!
LUCIA. San Clemente!
PEDRO. Eso otra vez no hable usté,
ó del horno va á dar fé
en lugar de su escribiente.
D. LUTG. Muchacho! Tu opinion medra!
No pongas la cara adusta
ni séria; á mi no me asusta
ni el convidado de piedra!
Fias de que la otra vez
tuve de ti compasion;
mas hoy de una prision
no te salva tu embriaguez.
Y vete con mas cautela
en ese trato villano,
que hablas con un escribano,
entiendes? que no es Ciruela!

Pues tamaña rebelion
á mi digna autoridad
te saldrá cara.

PEDRO. Verdad? (Con mofa)

TERESA. Perico!

LUCIA. Por compasion!
D. Lutgardo; está borracho,
caso no haced!

D. LUTG. Friolerilla!
Para el puerto de Melilla
le daremos el despacho!

PEDRO. (Garante de mi no salgo!)
Pues mire usted, ya que sea,
dice el refran, que se vea,
iré á presidio por algo:
y que perdido por mil....

TERESA. Perico! ¿Que vas á hacer?

PEDRO. El pan que quiero cocer.

D. LUTG. No temo tu modo hostil.
Pretendes con tus patrañas
artificioso asombrarme
y en estremo intimidarme;
pero, Perico, te engañas.
Tengo mucha confianza
de la esperiencia nacida
y es respetable mi vida.

PEDRO. Pues señor, á ver si es chanza!
Al horno!
(Lo toma en sus brazos y apesar de los esfuerzos de su mujer y su madre, figura introducirle la cabeza en el horno: acuden Francisco y Santiago, y unidos todos consiguen que lo abandone.)

D. LUTG. Suelta agresor!

TERESA. } Perico!!
LUCIA. }

D. LUTG. Que me calcina!
Socorro! Que me asesina!

ESCENA XIV.

DICHOS, FRANCISCO y SANTIAGO.

FRANC. Suelta, Perico!
SANTIAGO. Señor!
(La peluca de D. Lutgardo cae al suelo; Pedro la recoje y la ecsamina con jovialidad.)
D. LUTG. Por poco no me desnuca!
PEDRO. Ja! ja! Se quedó sin pelo!
(Señalando la cabeza de D. Lutgardo.)
Mirad la luna en el suelo!
Ja! ja! ja!
D. LUTG. Trae la peluca!
(Arrebatándosela y colocándosela con sumo cuidado.)
Infame! Puf!... Me ha quemado
las manos y la cabeza!
FRANC. ¿Por qué tamaña torpeza
has Perico ejecutado?
LUCÍA. ¿Qué has ido ha hacer?
D. LUTG. Inhumano!
PEDRO. (Si no me quitan la vez,
á esta fecha al señor juez
se le pierde un escribano!
TERESA. Algo quiere Vd?
D. LUTG. Puf! Agua.
SANTIAGO. D. Lutgardo!
FRANC. (A su mujer.) Que se acueste.
SANTIAGO. (Será el Caniyitas este
cuando sale de la fragua?)
(Teresa trae un vaso de agua á D. Lutgardo, y este lo bebe.)
TERESA. Vaya el agua.
D. LUTG. (Buena ha estado!
Pero toda la ocurrencia
la pondré por dilijencia.
Pensé morir afixiado!)
Gracias! Gracias! Mi sombrero:
mi cuerpo aflijido clama
y á voces pide la cama!

TERESA. Si Vd. gusta, caballero,
en mi casa se le tiene
afecto. (Dándole el sombrero.)
D. LUTG. Gracias!
FRANC. (A Pedro.) La chanza
te va á costar....
PEDRO. Confianza!
FRANC. Mas que ruido!
PEDRO. Quien viene?

ESCENA XV.

DICHOS, CIRUELA, un SARGENTO y dos SOLDADOS.

El sargento y los soldados se quedan en la puerta: Ciruela corre al lado de D. Lutgardo que al verlo esclama.

D. LUTG. Gracias, Ciruela!
CIRUELA. (A Pedro.) Bribon!
¿Se escapará tu persona?
TERESA. ¡Ay cielos!
LUCIA. ¡Vírgen Patrona!
CIRUELA. Sargento!
SARGENTO. (A Pedro.) Daos á prision!
PEDRO. Yo preso?!
CIRUELA. Si, tu!
PEDRO. Primero,
con un batallon acabo!
SARGENTO. Que tiro!
(El sargento apunta con su carabina; Pedro pone por delante á D. Lutgardo y este lleno de pavor esclama.)
D. LUTG. Sargento! Cabo!
Por Cristo!
SARGENTO. Camandulero!
Dáte de la Reina en nombre!
(Pedro abandona á D. Lutgardo; este se une á Ciruela y figura contarle lo que le ha pasado; el sargento se adelanta, registra y ata los brazos de Pedro, y los soldados permanecen en la puerta.)
PEDRO. Ahora si, que á esa corona
siempre la débil persona

se ha rendido de este hombre.
A que me prendan me avengo;
regístreme Vd. la faja,
yo no he gastado navaja
en treinta años que tengo.

D. LUTG. Y si su padre no llega!...

CIRUELA. Muere Vd. en su despecho
cual san Lorenzo!

D. LUTG. Es un hecho.

CIRUELA. Pues yo perdí en la refriega
un faldon.

LUCIA. Que aturdimiento!
(A su esposo y nuera que forman otro grupo.)

CIRUELA. Pero con gusto lo dejo,
en loor á que mi pellejo
no ha sufrido detrimento.
¿Y tendrá V. la imprudencia
de seguir en este oficio?

D. LUTG. Yo en asuntos del servicio
no conozco negligencia,
Nicomedes, y mañana
mi vida con gusto inmolo
si se ofrece.

CIRUELA. Irá Vd. solo,
que me han quitado la gana.
Y repito veces mil
que el juez concurra al embargo,
por que delegar su encargo
no debe en un alguacil.
De tamaño funcionario
la negativa es fatal
para el poder judicial,
¿delega su fé el notario?

D. LUTG. Vámonos á la oficina
y con oficio el proceso
se empezará.

SARGENTO. Ya está el preso.

TERESA. Que desgracia!

LUCIA. Que ruina!

CIRUELA. El lance ha estado pesado!

FRANC. Descuidad. (A su mujer y nuera.)

D. LUTG. Si, pesadillo.

FRANC. Que pronto con mi tresillo,
Pedro, será libertado.

CIRUELA. Su cabeza....

LUCIA. ¡Dia amargo!

CIRUELA. Su peluca y mi faldon,
dirán si no hay precision
que el juez concurra al embargo.
Tambien fué mucha imprudencia!

D. LUTG. Tu ignorancia si que es mucha.
(Apartándose de Ciruela con sumo enfado.)

CIRUELA. ¿Cuando acabarán su lucha
el empirísmo y la ciencia?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

SANTIAGO.

SANTIAGO. El pan despachando estoy,
pero tan poco vendí,
que otra vez á decir voy;
aprended flores de mi
lo que va de ayer á hoy!
Hace un mes, ¿quien preveia
tanta angustia y tanto afan?
La gente alegre venia,
tres amasijos vendia
y siempre faltaba pan.
El lance del escribano
por desgracia aconteció,
y desde entonces, tirano,
el infortunio inhumano
con nosotros se mostró.
De Pedro no se vendieron
los bienes por compasion;

mil males sobrevinieron,
los parroquianos huyeron
sin motivo ni razon.
La veleidosa fiereza
tal es del mundo faláz,
tiene el hombre en la riqueza
amigos, que á la pobreza
indignos vuelven la faz.
Pero como en movimiento
están siempre el mal y el bien,
la rueda jira un momento
y con asombro opulento
los hombres al pobre vén.

ESCENA II.

SANTIAGO y la CRIADA.

CRIADA. A Dios, Santiago!
SANTIAGO. A Dios, prenda amada!
CRIADA. Despáchame pronto.
SANTIAGO. Al punto, ¿qué mandas?
CRIADA. Dos roscas muy tiernas.
SANTIAGO. Bendita tu alma, (Dándoselas.
que al verte, mi pecho
se alegra, se inflama
y á voces me dice
casaca! casaca!
con esa morena
de ojillos que matan,
que vales mas mundos....
CRIADA. Gran pícaro aparta;
conózcote á fondo
y ya no me engañas;
me finjes amores,
me das esperanzas,
consigues tu objeto
con dulces palabras,
y luego me dejas
soltera y burlada.
SANTIAGO. Paloma inocente

de valde no casan,
que el cura ni aun fia
por una semana.
Tu vientre tampoco
querrá, por desgracia,
comer solamente
cariño y palabras,
que al fin son manjares
de poca sustancia.
La suerte pichona
demuéstrase ingrata:
deseos nos sobran
amor no nos falta;
mas ¿y los dineros,
querida del alma?
Ni tu tienes oro,
ni yo tengo plata;
dejemos por tanto
la boda parada,
que mas bonancibles
vendrán circunstancias,
y entonces podrémos
¡que gusto, zagala!
unirnos por siempre
cual Cristo lo manda.
(Queriendo abrazarla.)

CRIADA. Son, chico, las bromas (Rechazándole.)
de manos pesadas,
y sabes no quiero
me dés esas chanzas.
Iguales deseos
mi pecho maltratan;
idénticos fines
pretenden mis ánsias:
mas ¡ay! temerosa
de honor á las manchas,
contengo los ciegos
impulsos del alma.

SANTIAGO. Abrazos y besos
son cosas palmarias.

CRIADA. Con ellos los hombres
honor y honra escalan.

SANTIACO. Por Dios, que me tienes
confuso, muchacha!
CRIADA. A tiempo remedio
los males reclaman.
SANTIAGO. Acaso por otro
me olvidas, ingrata?
CRIADA. Bien saben los cielos
mi amor y constancia.
SANTIAGO. Pues dame un abrazo.
CRIADA. No puedo.
SANTIAGO. Villana!
¿Asi me abandonas,
asi me rechazas
y luego me juras
tu firme constancia?
Las pruebas te pido.
CRIADA. Pues dame palabra
que mas de soltero
tu amor no demanda.
SANTIAGO. Lo juro por todas
las cosas mas santas.
CRIADA. (Cayó en el anzuelo.) (Se abrazan.
SANTIAGO. Pichona!
CRIADA. Ya basta!

ESCENA III.

DICHOS y FRANCISCO.

FRANC. Ajajá!!
CRIADA. Jesus!! (Separándose brúscamente.)
SANTIAGO. Qué es ello?
FRANC. Aprieta, Santiaguito
que mientras mas fuerzas hagas
mejor sale ese amasijo.
CRIADA. (Que rubor! No sé que hacerme!)
SANTIAGO. Bromitas, señor Francisco.
FRANC. Bromitas tan parecidas
á veras, no las he visto!
SANTIAGO. A mi me gustan que tengan
á la verdad parecido.

FRANC. Tu, niña, no te acongojes
ni lances tristes suspiros
por eso, que en todos tiempos
he presenciado lo mismo,
y sorpresa no me causan
tales pruebas de cariño.
Yo en mi juventud tambien
fuí de Venus y Cupido
ardoroso partidario,
y á impulsos de mi cariño
tras las muchachas corrí
con amante desatino.
¡A bien que con mi Lucia
pasé unos ratos divinos!
Mil riñas con intencion
inventaba mi delirio,
por hacer luego las paces
entre amorosos deliquios.

CRIADA. Santiago es el culpable.

SANTIAGO. No es verdad, señor Francisco:
culpábles somos los dos,
que amor nos ha enloquecido;
y aunque cásarnos queremos
no solo falta el auxilio
del metal, si no el amparo
de un bondadoso padrino.
Si al menos usté algun dia
fuera como dice rico!

CRIADA. (Que bochorno!)

FRANC. Para entonces
contad, muchachos, conmigo.

CRIADA. Muchas gracias.

SANTIAGO. Tambien yo
á dárselas me anticipo.

FRANC. Mas no olvideis que *ese entonces*
ha llegado de improviso;
con que si quereis que os echen
las bendiciones hoy mismo,
arreglad lo necesario
que está dispuesto el padrino.

CRIADA. (Sin duda se ha vuelto loco!)

SANTIAGO. Es de veras, tio Francisco?

FRANC. Las mentiras mal se avienen
con mi edad; lo dicho, dicho.
SANTIAGO. ¿Se ha encontrado algun tesoro,
ó ha muerto un pariente rico?
FRANC. Hombre, mentira parece:
¿no adivinas el motivo?
SANTIAGO. Ya caigo, la loteria! (Con desaliento.)
FRANC. Justo, muchacho, eso mismo.
SANTIAGO. Mira, chica, no te arregles
que no tenemos padrino.
(Bajo á la criada.)
CRIADA. Con Dios!
FRANC. Tan pronto?
CRIADA. Me esperan. (Váse.)
SANTIAGO. No olvides lo que te he dicho.

ESCENA IV.

SANTIAGO y FRANCISCO.

FRANC. Y Pedro?
SANTIAGO. Me ha dado pena
de verlo tan aflijido:
aquel hermoso color
ya no tienen sus carrillos,
y aquel carácter tan bueno,
alegre como el de un niño,
lo ha trocado, por desgracia,
en duro y empedernido:
por último, el sentimiento
me hace llorar, tio Francisco!
Mirar preso en una cárcel
á un ámo como Perico!
FRANC. Santiago! Santiago!
cállate, por Jesucristo,
que se me sale del pecho
el corazon. ¡Pobre hijo!
Preso como un criminal
sin haber hecho motivo!
Solo por que á D. Lutgardo
arrojar al horno quiso,

á pesar de que borracho
estaba y no en su juicio,
quiere el Tribunal que vaya
por dos años á presidio!
Maldito mil veces sea
el aguardiente y el vino,
que por su causa se encuentra
en ese estado Perico!
Hijo mio de mi vida!
Quien esto hubiera previsto!

SANTIAGO. Pero por la Vírgen Santa
no llore Vd. tio Francisco,
que aun la esperanza nos queda
de ese indulto que ha venido;
y esta mañana en la plaza
D. Nicomedes me ha dicho,
que empeñado D. Lutgardo
está en salvar á Perico;
y aunque el indulto real
no trata de su delito,
sin cesar ámbos trabajan
por que en él sea comprendido.
Conque esas lágrimas son
aun sin tiempo, tio Francisco.

FRANC. Tienes razon, Santiago,
no debo estar afligido.
Mas Teresa y mi mujer
mucho tardan por lo visto
y yo tengo que salir,
pues ya el correo ha venido
y á estas horas, Santiago,
cual sabes debo ser rico.

SANTIAGO. (Me haré el tonto por si acaso
la suerte lo ha protegido.)
Pero hoy venia la lista
de los premios?

FRANC. Si.

SANTIAGO. Por Cristo!
Y parado que hace Vd.?
Aparejaré un borrico
y vamos por el dinero.

FRANC. Muchacho, mas despacito:

cómo la casa dejamos
sola?

SANTIAGO. Se vuelve en un brinco.
Ande Vd., sin olvidar
la capa de paño fino
que me ofreció la otra vez
al jugar aquel tresillo,
del cual ni un número solo
premiado en la lista vimos:
pues debo á mis bodas ir
decentemente vestido,
honrando de esta manera
cual se merece al padrino.

FRANC. No me acuerdo haber faltado
jamás á lo prometido.
Además, que tambien yo
ir al punto necesito
por toda la ropa nueva
y capa azul de Perico,
por que empeñadas las tengo
desde el dia veinte y cinco
en el Monte de piedad....

SANTIAGO. Que atrevimiento!

FRANC. Pues, chico,
si mi familia me niega
de pecunia todo arbitrio,
con talento de ese ardid
para jugar me he valido!
A la Vírgen supliqué,
muy fervoroso y contrito,
y á terno seco he jugado
los quince duros y pico
que me dieron: de manera
que con su influjo divino,
esa Reina de las reinas,
amparo del desvalido,
á estas horas de seguro
ha cambiado mi destino.

SANTIAGO. ¡Empeñar la ropa nueva!
¡Válgame Dios, tio Francisco!
¿Y lo saben las mujeres?

FRANC. Cá! Si lo hubieran sabido

de la puerta de la calle
me enseñaban el camino.

SANTIAGO. Sin embargo, es menester
convencernos, tio Francisco,
que en parte tienen razon.

FRANC. Pues me gusta! Que pollino!

SANTIAGO. Si señor, por que si ahora
no sale lo que usté ha dicho,
alli se queda la ropa
y es un dolor.

FRANC. Pero, chico,
desconfias de mi ciencia
y hasta del poder divino?

SANTIAGO. De su ciencia, si señor,
tengo sobrados motivos:
del poder de Dios jamás.

FRANC. ¿Entonces no es desatino
el dudar de que esta vez
premiado esté mi tresillo?

SANTIAGO. Pues señor, vamos corriendo
para salir del conflicto.

FRANC. Dejar la casa cerrada
es una locura, chico:
pero he pensado otro medio
mucho mas cuerdo.

SANTIAGO. A decirlo.

FRANC. Tú que corres cual un gamo
y en cuentas eres tan listo....

SANTIAGO. Como que tuve un maestro
que no se encuentra mas fino.

FRANC. Vas á la puerta Real,
que hay de aqui de bala un tiro;
los cinco números copias
que premiados han salido,
y sin detencion te vuelves,
que antes verlos necesito.

SANTIAGO. Entonces cuando cobramos?

FRANC. Despues.

SANTIAGO. Bueno, y de camino,
la capa me compra Vd.
en casa de D. Domingo.

FRANC. Como vengas al instante

te compro entero un vestido.
Con que marcha, Santiago.

SANTIAGO. No hay cuidado, tio Francisco.
Sin detencion volveré
antes que rece el bendito,
que mis pies van á ser álas
de un ligero golondrino. (Váse.)

ESCENA V.

FRANCISCO.

FRANC. Pero escucha! Ya el cuadrúpedo
corre veloz como un pájaro,
para solazar mi ánima
con ese agradable bálsamo,
que cura el afan tristísimo
de los inocentes náufragos,
que como yo el mundo mísero
nunca encontramos diáfano.
Corazon! De nuevo fórmate
y olvida los tristes párrafos
que de tu vida la crónica
refiere: Francisco, ánimo!
que ya se ha cumplido el término
de tus ánsias! Llegó el sábado
señalado por las cábalas,
y el terno dichoso y májico
que proteje el Unijénito,
cuyo nombre espresa el lábaro,
mis baules cadavéricos
cubrirá de buen metálico.
¡Oh que dicha tan sin límites!
¡Oh que contento, san Dámaso!
Pobre ayer: hoy rico mírome!
paso de sardina á sábalo;
que no es ilusion quimérica
del pensamiento fantástico;
pues ya el sonido melífluo
oigo del oro simpático,
y con su auxilio esta cáscara

he de trocar de galápago,
por un vestido aristócrata
en cuanto venga ese zángano.
Dice un refran vulgarísimo
que hace á los monjes el hábito;
no es en un todo verídico,
segun mis prudentes cálculos;
mas nos enseña la práctica
y lo conoce el mas cándido,
que armonía completísima
debe ecsistir en el hábito
y la posicion que ocúpase
en este mundo fantástico:
resulta, pues, que este prójimo,
mas rico que el mar atlántico,
deve relevar con júbilo
su vestido democrático.
A pesar de esto, malévolo,
no debe el pecho magnánimo,
olvidar su origen mísero
con el orgullo metálico.
Cual siempre adversario acérrimo
del despotismo fanático
he de ser; y amigo síncero
del pobre,que triste y lánguido,
vé que su virtud despréciase
con pensamiento tiránico;
pero mi mujer acércase,
reprímase alegre el ánimo,
que hay lugar de que á la incrédula
confunda mi terno plácido.

ESCENA VI.

FRANCISCO, LUCIA, y TERESA.

TERESA. Todo se queda en promesa!
¿Quién de las palabras fia?
FRANC. Que novedad hay Lucia?
¿Se salvó Pedro, Teresa?
TERESA. Ay! ojalá! Mas en vano

el llanto copioso ha sido,
que el corazon ha vertido
en casa del escribano!
Aunque por su parte diz
que nada, padre, pedia,
y que por salvar haria
á mi marido infeliz.
Pero en tanto la bondad
del real indulto es pedida
por reos mil, que en seguida
los han puesto en libertad.
En esto encuentro doblez,
por que á creer no me allano...

LUCIA. Mas, Teresa, el escribano
bien sabes fué á ver al juez.
De Perico el memorial
hizo con su intervencion;
se espera resolucion
del superior Tribunal
y nos dió mucha esperanza.

TERESA. Es verdad.

LUCIA. Entonces, hija,
por Cristo, que no se aflija
tu pecho! Ten confianza.

FRANC. Claro está, tu llanto aciago,
que nuestra desgracia aumenta,
por bien de todos ahuyenta.
(Lo que tarda Santiago!)

TERESA. Decis bien; mejor será
forge la imaginacion,
la fantástica ilusion
de que libre lo verá;
aunque despues observémos
la desgracia mas horrible.

FRANC. Teresa, en la inestinguible
bondad de Dios confiemos!

LUCIA. Justamente, que es locura
y desatinado empeño,
cuando un estado risueño
el porvenir nos augura.
Y si nó, Teresa, el dia
que Pedro fué encarcelado

del indulto publicado
ninguna noticia habia;
y una esperanza no obstante
por nuestro bien conservamos:
con que hoy que contemplamos
la suerte menos distante,
que te apenes no es razon,
pues confio en D. Lutgardo
y tarde ó temprano aguardo
de Pedro la salvacion.

FRANC. Cierto, Lucia se funda.

LUCIA. Si es injusta su demanda.
¿Quién se opone á lo que manda
la reina Isabel segunda?

FRANC. Por que no estés importuna
te quiero tranquilizar:
libre á Pedro has de encontrar
hoy mismo, sin falta alguna.
Pues si el indulto Real
no lo salva, como espero,
se redime con dinero
esa pena tan fatal.

TERESA. El dinero! Estraviado
en tal pensamiento andais.
¿Acaso, padre, ignorais
que todo lo hemos gastado?

FRANC. ¿Y si la fortuna impia
que al mortal no satisface,
ricos de pronto nos hace?

LUCIA. Si, pues, con tu loteria!

FRANC. Mi loteria, señora:
tras diez años de paciencia
de castigar tu insolencia
miro llegada la hora.
Sí, mujer, con lo contrario
no te atrevas á argüir,
y escucha al mundo decir
que tu esposo es millonario.
Pero en vano me sofoco
si no consigo primero
que te deslumbre el dinero.

TERESA. Jesus, padre, usté está loco!

FRANC. Cual siempre.
LUCIA. No: estás peor.
TERESA. Dejémosle delirar
y vamos, madre, á almorzar.
LUCIA. Sí, Teresa, es lo mejor.
Que nuestro estado presente
para oir no es apropósito,
el colósal despropósito
de su cabeza demente. (Vánse.)

ESCENA VII.

FRANCISCO.

FRANC. Escarnecedme, ignorantes!
Reir, insensatas, pues!
Que os he de ver humillantes
dentro de breves instantes
postradas ante mis pies.
No entiende mujer ninguna
su interés; bendito Dios!
De mi prócsima fortuna
hacen burla inoportuna
en daño suyo esas dos!
Mis años compasion tengan
de su injusto proceder:
los números antes vengan
y despues que sé prevengan
esa.... nuera y mi mujer.
Y vos, Madre del que un dia
(Se direje al cielo en ademan suplicante.)
salvó con su muerte el mundo,
amparadme en mi agonia;
ruega, intercede, María,
que es mi dolor muy profundo!

ESCENA VIII.

FRANCISCO y SANTIAGO.

SANTIAGO. Válgame Dios, tio Francisco!
Que desgracia tan funesta!
FRANC. Mi tresillo, Santiago,
dámelo, no te detengas.
SANTIAGO. Que tresillo! Si es un ámbo!
FRANC. Un ámbo dices, babieca?
SANTIAGO. Si señor, un ámbo solo;
mi sentimiento lo espresa.
FRANC. Esplícate, Santiago,
y no apures mi paciencia.
SANTIAGO. Llegué á la Puerta Real
con la mayor ligereza,
y entré en la administracion
que estaba de gente llena;
por los números pregunto
que premiados estuvieran
y dicen; *el diez, el cuatro,*
tres, veinte y siete y sesenta.
FRANC. Imposible, eso es mentira!
Equivocado te encuentras!
SANTIAGO. No señor, que no es engaño:
asi el papel lo demuestra.
(Enseñando un papel que Francisco le arrebata con furor.)
Dos duros y dos reales
dan, si uno solo se juega:
asi lo dijo el lotero.
Vd. sin millon se queda,
tio Francisco, y yo sin capa,
¡mal haya la pena negra! (Con sentimiento.)
FRANC. *Cuatro, diez y veinte y siete,*
(Leyendo con emocion.)
tu equivocacion es ésta:
que al escribir has trocado,
sin remedio, la decena,
causándome éste disgusto,

imbécil, con tu torpeza;
y pusiste *veinte y siete*
por el verdadero *treinta*
y siete, que es el mio:
muchacho, duda no tengas.
¡Vamos, si es tan imposible
que mi terno no viniera
premiado, como que el cielo
aquí arrojára una estrella!

SANTIAGO. Pues señor, no es imposible
porque el papel bien lo reza;
y yo que tambien sabia
cuales los números eran
de su terno desgraciado,
por la salud de mi abuela,
que le volví á preguntar
á toda la gente aquella,
y los mismos me dijeron
vez segunda que primera.
Entonces corrí á traerle
con dolor la triste nueva,
llorando por el vestido
que Vd. ¡ay Dios! me ofreciera.
Mas yo la culpa me tengo
por creer en sus promesas,
¡como si fueran á darle
el dinero las estrellas!

FRANC. Cállate, imbécil, estúpido!
Detén tu profana lengua
y mi talento no insultes
ni al Omnipotente ofendas!
En fin, voy en el instante
y aturdiré tu imprudencia.

SANTIAGO. Verá como son sus cábalas
tambien esta vez inciertas!

FRANC. Cuadrúpedo! De mi ingenio
(Amenazándolo.)
te burlas de esa manera?

SANTIAGO. Tio Francisco! Tio Francisco!
Por Cristo! Compasion tenga!
Fué una broma nada mas:
mi equivocacion es cierta,

lo conozco.

FRANC. Lo conoces?
Pues bien, perdonado quedas.

SANTIAGO. (Que por sus ojos él mismo
de su engaño se convenza.)

FRANC. Y otra vez chanzas pesadas
conmigo, chico, no tengas.

ESCENA IX.

DICHOS, TERESA y LUCIA.

LUCIA. Francisco, qué es lo que pasa?

TERESA. Padre, qué voces son esas?

FRANC. Nada, que quiero salir.

LUCIA. Y dónde vas sin chaqueta?

FRANC. A la calle.

LUCIA. Y sin sombrero!
Tu has perdido la cabeza.

FRANC. No, que la tengo en su sitio.
Ven á contemplarla; áquesta,
(Colocándose la chaqueta y el sombrero.)
humillará la arrogancia
de otras muchas! Tu te enteras?

LUCIA. Mas, Francisco!

FRANC. No te escucho,
tengo tapada una oreja.

TERESA. Pero, padre, oígame usted.

FRANC. Vuelvo en seguida Teresa.
(Váse por la izquierda y lo sigue Santiago.)

SANTIAGO. (Por si equvocado estoy
yo debo seguir sus huellas.)

ESCENA X.

TERESA y LUCIA.

LUCIA. Has visto que majadero?

TERESA. Que le hemos de hacer, paciencia.

LUCIA. No sabes donde ha marchado?

TERESA. A alguna locura nueva.
LUCIA. A ver la lista, mujer,
que hoy en el correo llega.
TERESA. Verdad! Por eso hace poco,
á impulsos de su demencia,
nos echó mil amenazas
con su próxima riqueza!
Madre, me dá pesadumbre
ver el sendero que lleva
si prosigue con sus cábalas.
LUCIA. Y dime, quién lo sujeta?
He trabajado yo poco
por quitarle esas ideas;
hasta que me he convencido
que mi afan inútil era,
pues por nada en este mundo
su loca mania deja.
Pero, mira, me he reido
algunas veces, Teresa;
por que sus combinaciones
refiere de una manera,
que parece que el dinero
entre sus manos se encuentra.

ESCENA XI.

DICHAS y CIRUELA.

TERESA. Que noticias!?
CIRUELA. Alegria!!!
(Ciruela entra saltando de gozo y abraza á Lucia: despues se dirije á Teresa: ésta lo rechaza y entonces dá un nuevo abrazo á Lucia.)
Un abrazo, tia Lucia!
Y cual yó llenad de júbilo
y contento el corazon!
Otro, tu, si, Terésita!
Que no? Pues que se repita
por nosotros sin obstáculos....
LUCIA. Si, si, la misma funcion!
CIRUELA. (No le disgusta á la abuela.)

TERESA. D. Nicomedes Ciruela!
¿A qué viene tanto escándalo?
LUCIA. Díganos la novedad!
CIRUELA. El dictamen razonable
del Tribunal, favorable
ha sido, y Pedro....
LUCIA. San Próspero!
CIRUELA. Ya se encuentra en libertad.
TERESA. No es falso, señor Ciruela?
LUCIA. Es posible!?
CIRUELA. ¡Bagatela!.
Pronto con asombro plácido
verán que no es ilusion.
TERESA. ¡Ay! gracias Vírgen María!
LUCIA. Teresa! ¿No lo decia?
sin duda el pecho anunciábalo
por celeste inspiracion.
TERESA. Mas, señor; porqué no viene?
LUCIA. Es cierto; en que se entretiene?
CIRUELA. Señoras, por santa Brijida,
cálmese vuestra ansiedad!
Mientras fueron á sacarlo
de la cárcel, yo á anunciarlo
vine de tiempo sin pérdida
á impulsos de la amistad.
Mas, por la Vírgen del Valle!
Ya Pedro estará en la calle
lleno de soláz sin límites
y de gozo sin igual.
Ansiando tras su vigilia
estrechar á su familia,
henchida de gozo el ánima
y de placer sin final.
TERESA. De alegría estoy demente!
Que dicha, cielo clemente!
y sueños no son quiméricos
puesto que lo decis vos!
LUCIA. Por nuestro bien se interesa. (Por Ciruela.)
No te previne, Teresa,
fiáras en el magnánimo
poder del supremo Dios?
TERESA. Del hombre desamparada

á Él me entregué, madre amada,
y de su grandeza omnímoda
no tuve duda jamás.

LUCIA. Y mira cual te ha acojido.
A El acuda el desvalido,
que con cariño benévolo
como lo ampara verás.

CIRUELA. ¿Y quién de su omnipotencia
y excelsa benevolencia,
impío, hereje y escéptico
recelos puede abrigar?

TERESA. No habrá hombre á lo que entiendo
de un corazon tan horrendo:
pero á mi esposo amadísimo
cuando veremos llegar?

CIRUELA. Segun mis presentimientos
dentro de breves momentos,
guiado de suerte próspera
sin falta alguna vendrá.
Yo, Teresita, lo aguardo
tambien, porque D. Lutgardo
obsequioso y filantrópico
á Pedro acompañará.

LUCIA. El mundo premie tu humano
(Lo dice por D. Lutgardo.)
proceder, digno escribano,
lo menos ministro haciéndote
de esta leal poblacion!

CIRUELA. De ese modo descendia
de destino, tia Lucia;
por que contemplad mi cándida
ministril jurisdiccion. (Mostrando su vara.)
Además que es un oficio
que yo el mejor no codicio,
por el producto tan mínimo
que consigo ha de traer.
Deséele usté otra cosa
mas lucrativa y honrosa,
que el pobre destino mísero
que ni yo quiero obtener.
Piense Vd. con mas aplomo.

LUCIA. Háganlo, pues, mayordomo

de alguna casa de crédito.

CIRUELA. Si, con poder general.
Y él que con uñas tan finas
y con manos tan divinas
perfecto pulsa la cítara....
Vaya, aumentaba el caudal.

TERESA. D. Ciruela no comprendo,
ni sú propósito entiendo.
¿Que tiene que ver la cítara
con una administracion?

CIRUELA. Es necesaria al destino;
nos parece un desatino
cuando las cosas no míranse
con despacio y detencion.
Pero es en vano, Teresa;
perdona si el labio espresa
torpemente estas perífrasis
insondables para tí.

TERESA. Me estrañó por vida mia,
por que como no sabia....

CIRUELA. Son condiciones ecsóticas....
¡¡Mas, Perico llega aqui!!
(Lanzando un grito.)

ESCENA XII.

DICHOS, PEDRO y D. LUTGARDO.

Lucia y Teresa abrazan á Pedro entre lágrimas y sollozos producidos por el placer: D. Lutgardo y Ciruela contemplan sus emociones llenos de satisfaccion.

LUCIA. ¡Hijo de mi corazon!

PEDRO. ¡Esposa de mis entrañas!

TERESA. ¿Libre estás yá? ¿No me engañas?
Aun pienso que es ilusion!

PEDRO. No es sueño, Teresa mia.

LUCIA. A volverme loca voy
de contento!

PEDRO. Libre estoy.

TERESA. Te contemplo y todavia
lo dudo, Pedro adorado!

PEDRO. No lo dudes, no, Teresa.
D. LUTG. Yo esperaba esta sorpresa.
CIRUELA. D. Lutgado, de contado.
LUCIA. Eterno y supremo Dios!
PEDRO. Ya que felices nos vemos,
Teresa, gracias daremos
A D. Lutgardo los dos.
El tan solo me ha salvado!
D. LUTG. Con mis deberes cumplí;
yo en la carcel te meti;
yo, Pedro, te he libertado.
PEDRO. ¿Con que, señor escribano,
tanta generosidad
pago?
D. LUTG. Con que de amistad
en prueba me dés la mano.
PEDRO. Y con ella el corazon!
(Se estrechan las manos.)
¿Que yo ultrajaros pudiera
y al horno echaros quisiera
con baja y cobarde accion?
Mas, no fui yo!
D. LUTG. Ciertamente.
PEDRO. Fué la bebida malvada
que tenia trastornada
con su espíritu mi mente!
Pero en fin, por mi torpeza
doble castigo he llevado,
dejándome anonadado
de su pecho la nobleza.
D. LUTG. Pedro, ese asunto dejemos
que ya se ha hablado bastante,
y á observar si en adelante
enmienda en tu porte vemos.
Tu tienes buen fondo, mas....
en bebiendo no eres hombre.
PEDRO. Veis? Juro de Dios en nombre
(Haciendo la señal de la cruz con solemnidad.)
el no probarlo jamás!
D. LUTG. Pedro, de la suerte aquesa
vivir podrás sin desvelos.
TERESA. Quiéranlo los altos cielos!

PEDRO. Ya lo he jurado Teresa.
Con que no estés recelosa
por nuestro abuelo difunto!
Pero para que mi asunto
se acabe falta una cosa.

D. LUTG. Ya todo está satisfecho.
¿Que reclama tu impaciencia?

PEDRO. Que este señor, con clemencia,
(Por Ciruela.)
del daño que le haya hecho
manifieste su perdon.

CIRUELA. Desde luego.

D. LUTG. No es uraño.

CIRUELA. En abonándome el daño
que hicistes á mi faldon.

PEDRO. Será Vd. indemnizado
con un fraque ó un gaban.

CIRUELA. Entonce en vano es tu afan.
Perico estás dispensado.

PEDRO. Mil gracias, D. Nicomedes;
reconozco fuí un camueso.

CIRUELA. Yo ya no me acuerdo de eso;
mandar lo que gustes puedes.

PEDRO. Mas, y mi padre?

TERESA. Salió
para ver su loteria.

PEDRO. Que endemoniada manía!

LUCIA. Há diez años que le dió
y con nada se le quita;
al contrario, se le aumenta;
y vela, vijila, cuenta;
vamos, la sangre me irrita!
¿Se acuerda Vd. cuando fué
(A D. Lutgardo.)
á su casa por la pluma?

D. LUTG. Y por tinta, si.

LUCIA. Me abruma
con sus tonturas.

D. LUTG. ¿Y á qué
es esa sofocacion?

TERESA. Pues hoy nos ha amenazado
diciendo, que le ha tocado

á terno seco un millon!

TODOS. Ja! ja! ja! (Riéndo.)

CIRUELA. Vaya un delirio!

PEDRO. El juego lo vuelve loco.

D. LUTG. Caballeros, poco á poco
que la cera forma el cirio.
Y una vez, casualmente,
con la suerte llega á dar,
y lo miramos pasar
de miserable á pudiente.

PEDRO. Nadie niega esa verdad.

TERESA. La fortuna es caprichosa.

LUCIA. ¡Pero es tan dificultosa
tamaña casualidad!

D. LUTG. Sin embargo....

ESCENA XIII.

DICHOS y SANTIAGO.

SANTIAGO. ¡Tia Lucia! (Con loco jubilo.)
De dinero una porcion....
¡Amo de mi corazon!(Estrechando á Pedro.)

PEDRO. Santiago!

SANTIAGO. Que alegria!

LUCIA. ¿De ese metal adorado,
tu lábio qué referia?

SANTIAGO. Que un premio en la loteria
á tio Francisco ha tocado!

TODOS. Jesus! Jesus!

LUCIA. ¡San Mateo!

D. LUTG. ¿Profetizaba yo mal?
¿Y á cuanto asciende el total,
Santiago?

SANTIAGO. A un millon, creo.

TODOS. ¡Un millon!

SANTIAGO. Quién se lo quita?

FRANC. Y él donde queda?

D. LUTG. ¡El loquillo!

SANTIAGO. Él se ha ido al baratillo
á comprarse una levita.

D. LUGT. Pronto ejerce la riqueza
su oficio.
LUCIA. Que! La mania
de vestir asi tenia
hace tiempo en su cabeza!
TERESA. Y quien resiste su trato
vestido de caballero
al mirarse y con dinero?
PEDRO. Es verdad!
D. LUTG. Pues no es ingrato.
LUCIA. Usted no lo habrá tratado!
D. LUTG. Poco con él me reuno.
LUCIA. Mas ingrato es que ninguno.
D. LUTG. Vamos, me habré equivocado.
CIRUELA. (¡Justo, ayer el buen señor,
son de admirar sus sandeces,
se equivocó cinco veces
y todas en su favor!)
SANTIAGO. Mucho no debe tardar,
aunque yo he andado de priesa.
PEDRO. Verlo deseo Teresa,
en ese traje llegar.
SANTIAGO. Por poco no me desuella.
TERESA. Cuando aquellas voces?
SANTIAGO. Si:
yo por los números fuí:
pregunto á la gente aquella:
al pasarlos al papel
uno de ellos equivoco,
y á tio Francisco sofoco,
con noticia tan cruel.
Corre: á la administracion
se acerca: yo lo seguia,
y sale, cual presumia,
cierta mi equivocacion.
D. LUTG. Algun santo á ese vejete
sobre su frente la mano
puso!
CIRUELA. Señor escribano!
Y en el moderno billete
que jugó con mi tocayo,
no le ha caido á Vd. nada?

D. LUTG. A mi? ¡Suerte malhadada!
¡Como no me caiga un rayo!
CIRUELA. O una teja, como á mi
al pasar el otro dia
por calle Jesus María.
D. LUTG. Mas fácil es eso, si. (Sonriéndose.)

ESCENA XIV.

DICHOS y la CRIADA.

CRIADA. Señor D. Lutgardo!
D. LUTG. Quien?
¡Maritornes!
CRIADA. La señora,
para comer, sin demora,
lo espera en casa.
D. LUTG. Está bien.
CRIADA. Me dijo con mal semblante
que está pasando un mal rato,
por que no la deja el flato.
D. LUTG. Dila que iré en el instante.
LUCIA. Ya D. Lutgardo es tontera
que no aguarde á mi marido.
CRIADA. La señora me ha añadido
que sin Vd. no me fuera.
D. LUTG. Te irás conmigo.
CRIADA. Señor;
dijo que ya era muy tarde.
D. LUTG. Pues, Maritornes, que aguarde.
CRIADA. Está de muy mal humor.
CIRUELA. ¡Que víbora es doña Frasca! (A Lucia.)
D. LUTG. Con impaciencia procede!
Que coma sola!
CRIADA. No puede.
D. LUTG. ¿Pues qué quiere esa tarasca? (Incómodo.)
LUCIA. Dice Vd. bien: que imprudente!
(A Ciruela.)
CRIADA. Yo, que hago al fin?
D. LUTG. Lo que quieras.
Te vas, te sientas, te esperas;

como te plazca.

CRIADA. Corriente.

(D. Lutgardo vuelve su espalda á la criada; esta se une á Santiago y aquel á los demás.)

SANTIAGO. Escucha!

CRIADA. Que?

SANTIAGO. Con silencio.
Componte sin dilacion
que á tio Francisco un millon
ha tocado.

CRIADA. ¡San Fulgencio!

LUCIA. Vaya! que fatalidad!

D. LUTG. Calle Vd. doña Lucia!
Una mujer cual la mia
es una calamidad!

SANTIAGO. Con su gaban muy sereno,
(Dirijiéndose á todos con alegria.)
señor Francisco ha llegado!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y FRANCISCO.

Francisco viene vestido con gaban y sombrero antiguos, aunque con los zapatos blancos y el pantalon de tahonero que antes tenia: se detiene en la puerta satisfecho de la impresion que su presencia causa, hasta que ve á su hijo y se adelanta para abrazarlo cuando el verso lo indica.

FRANC. Bravo! Los he deslumbrado
con mi vestido!

LUCIA. ¡Estás bueno!

FRANC. Perico! A mis brazos ven!
¡Oh ventura!

PEDRO. ¡Padre amado!

FRANC. Ya sabrás que me ha tocado?...

CIRUELA. Doy á Vd. el parabien.
(Francisco contesta inclinándose.)

D. LUTG. Señor D. Francisco! (Con afectacion.)

FRANC. (¡Cuerno!)

D. LUTG. Pluma y tinta yo le dí
en otra ocasion.

FRANC. Si, si.
Nada salió en aquel terno.
SANTIAGO. Tio Francisco, yo....
FRANC. Jumento!
De comprension eres tardo.
¿No sabes por D. Lutgardo
que ya tengo tratamiento?
SANTIAGO. Bueno: pues si le he faltado
á Vd., perdóneme usia:
que no quise.... ¡Ave María!...
¿La capa me la ha comprado?
FRANC. La compraré, no estés triste:
aun cuando, por vida mia,
que negártela debia
por el susto que me diste!
Mas ser no debo mezquino.
SANTIAGO. Gracias! Gracias!
FRANC. Tu, muchacha,
(A la criada.)
cuando quieras se despacha
que está dispuesto el padrino.
PEDRO. Bodas?
D. LUTG. Quien casa?
CIRUELA. Que enredo!
SANTIAGO. Nosotros dos.
D. LUTG. ¡Maritornes!
TERESA. Lo ve Vd? (A Lucia.)
CRIADA. No me abochornes!
(A Santiago.)
D. LUTG. ¿Con que sin fámula quedo?
CRIADA. Si señor.
D. LUTG. Vaya, mujer!
FRANC. Para que el enlace sea
feliz, todo lo costea
el padrino.
SANTIAGO. ¡Que placer!
(Frotándose las manos con alegria.)
LUCIA. Eres muy bueno! Perdon! (Llorosa.)
FRANC. Si no me has faltado en nada.
(Con sarcasmo.)
(Te miro venir flechada
á poner sitio á el millon.)
TERESA. Padre, que sea enhorabuena!

FRANC. Gracias! (Cuanto finjimiento!)
TERESA. Todos su desprendimiento
celebran, y suerte buena.
FRANC. Lisonjas, Teresa, son.
(Te conozco. Fuera cuervo!)
PEDRO. Pero, padre, ¿por qué observo
aquesa transformacion?
FRANC. Antes era un pobre adan
y mi traje era grosero;
ahora ya tengo dinero
y me visto de gaban.
Imajina racional,
Perico, mi pensamiento,
puesto que ya represento
otro caracter social.
Daros un pobre consejo,
el cual no admite respuesta,
tan solamente me resta;
escuchadlo que es de un viejo.
Cuando un hombre alguna idea
trate de realizar,
le debemos animar
por mas estraña que sea.
Y mofa no hacer impura,
viendo el afan de su intento,
aun cuando su pensamiento
nos parezca una locura.
Yo, por ejemplo, quería
codicioso averiguar,
si hay ciencia para jugar
á la antigua loteria.
Corrí de la suerte en pos
y supe por esperiencia,
que nada es la humana ciencia
sin el auxilio de Dios.
Lleno entonces de quebranto
á la Vírgen acudí,
súplicas le dirijí
entre fervoroso llanto.
Mis votos me enardecieron,
ropa de Pedro empeñé
y á terno seco jugué,

cuanto por ella me dieron.
Mirad si al fin mi manía
el cielo amparó clemente.
Teresa, dime demonte!
Llámame necio, Lucia!

TERESA. ¡Ah padre! perdon! perdon! (Llorando.)

LUCIA. Fué una imprudencia! (Idem.)

D. LUTG. Aleluyá!
Esa queja se concluya
y haya reconciliacion.
D. Francisco, en este dia
sea todo dicha y contento.

FRANC. No tengo rencor, consiento.

TERESA. Padre!

LUCIA. Esposo!

FRANC. Hija! Lucia! (Se abrazan.)

CIRUELA. Bien! Así! Venga esa mano!
(A D. Lutgardo.)

D. LUTG. Con suma satisfaccion.

CIRUELA. De tan noble condicion
debe ser el escribano! (Se dán las manos.)
Los gobiernos protectores
dénnos un nombre si quiera,
y que haya en nuestra carrera
licenciados y doctores.
Eleven nuestra importancia,
relevándonos de embargos
y ridículos encargos
cual dicen sucede en Francia.
Del mundo entonce á la faz
vendrá á ser el Notariado,
el sacerdocio ilustrado
de la doméstica paz.

PEDRO. Lo pasado asi se olvida.

FRANC. Pronto á una fonda marchemos
y esta dicha célebremos
con una alegre comida.

PEDRO. Verdad es.

LUCIA. Si.

TERESA. Justo.

FRANC. Vamos.

D. LUTG. Maritornes, sin demora

avísalo á la señora.

FRANC. Y vuelve que te esperamos.
(A la criada que quiere marcharse y Santiago la detiene hasta el fin.)
Pues quiero que ellos tambien
disfruten de mi alegria.

CIRUELA. Que sencillez! Que hidalguía!

D. LUGT. Bien, D. Francisco, muy bien!

LUCIA. ¡Que gusto, Dios de bondad!

TERESA. ¡Oh mañana cual ninguna!

PEDRO. Y aqui acaba, por fortuna,
todo con felicidad.

D. LUTG. ¡Que peripecias se ven!
¡Que pena ayer, que agonia!
¡Hoy que gusto, que alegria!
¿Quien augura el mal ni el bien?
Tu, Cirolita, iracundo
me denostabas ayer
y hoy me aplaudes con placer!
Todas las cosas del mundo....

CIRUELA. Del progreso ó la influencia
regenerándose están.
Ya su lucha acabarán
el empirísmo y la ciencia.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 21 *de Febrero de* 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En **Carmona** en el establecimiento tipográfico de *La Sinceridad*, y en los demás puntos de España en casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID.

—

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

Rs.vn.

Aguilar y Sanchez (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. . . 6

Alonso y Rubio (F.)

Clínica tocológica, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid. 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrld, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado. En provincias. . . . 18 y 22

Altadill (A.)

La voz de España, loa en un acto. 4
D. Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos. . 8

Álvarez (E.)

La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
La hija del pueblo, id. en dos. 6
Marta, id. en tres. 8
La Reina Topacio, id. id. . . 8

Andilla (Baron de) y Gerónimo Morán.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

Arnao (A.)

El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
El cervecero de Preston, id. id. 8

Auset (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs.vn.

Altolaguirre (M. A.)

El héroe de Anghera, dráma histórico en dos actos. . . 6

Bremon (L.)

Una emocion, zarzuela en un acto. 4

Bustillo (J.)

El padre de mi mujer, juguete en un acto. 4

Capmani y Montpalau (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. . . . 38
En provincias. 42

Diana (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas. . . 8
Los trapisondistas, comedia en un acto. 4

Diaz (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8
Mártir siempre, nunca reo, dráma de costumbres políticas, en cuatro actos. . 8

Fernandez (P.)

Juan sin pena, zarzuela en un acto. 4

Fernel (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. . . . 8

Garcia (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. . 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. . 4

Rs.vn.

Gomez Trigo (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

Hartzenbusch (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. . 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, dráma en cinco actos. 8

Hartzenbusch (J. E.)

Y

Cayetano Rosell.

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

Larra (M.)

La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

Lombia (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, dráma en cuatro actos. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. . 8
En provincias. 10

Lopez (F.)

Los cazadores en África, zarzuela en un acto. 4

Mosquera y Losada (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado. Madrid. 19
Provincias. 22

Martinez Cuende (E.)

Y

José M. Larrea.

Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
El amor constipado, id. id. . 4

Rs.vn.

Moran (G.)

Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. . . 4

Mozo Rosales (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. . . 4
Marchar contra la corriente, comedia en tres actos. . 8

Olona (L.)

El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. . . 8

Ortiz de Pinedo (M.)

Y

José M. Garcia.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. . 8

Palacio (M.)

D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º . . . 4

Pedrosa (F. Martinez.)

La red de flores, zarzuela en un acto. . , . 4

Pastorfido (M.)

y Narciso Serra.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. . . 8
Zampa, id. en id. . . . 8

Petáno y Mazariegos (G.)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. . . . 10

Rs.vn.

Picon (J.)

Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
Memorias de un estudante, zarzuela en tres actos. . 8
Entre la espada y la pared, idem en idem. 8
Un concierto casero, sainete lírico en un acto. . . 4
La isla de san Balandrán. . 4

Pina (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. . . 4
El jóven Virginio, id. en id. 4
El niño, id. en id. 4
El sordo, id. en dos actos. . 6
Enlace y desenlace, id. en id. 6
Los peregrinos, id. en un acto. 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. . 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en tres actos. . 8
A Caza de divorcios, comedia en tres actos. . . 8
Influencias políticas, zarzuela en un acto. 4

Ramirez (J.)

La culebra en el pecho, dráma en tres actos. . . 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. . 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . . 19

Rivera (L.)

A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
Stradella, id. en tres actos. 8

Rosell (C.)

El burlador burlado, zarzuela en tres actos. . . 8

Rs.vn.

Ruiz del Cerro (J.)

Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. . 8

Rodriguez (A.)

El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

Selgas y Carrasco (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 9
Mas hojas sueltas, en prensa.

Serra (N.)

La edad en la boca, zarzuela en un acto. 4
Una historia en un meson, id. id. 4
El loco de la guardilla, id. id. 4

Sobrado (P. N. de)

El zuavo, zarzuela en un acto. 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. . . 4
Escenas de campamento, id. id. 4

Trigueros (M.)

El empirísmo y la ciencia, comedia en tres actos. . . 8
El prestamista, comedia en un acto. 4
La toma de Tetuan, idem en idem, *(Segunda edicion.)*. . 4

Vega (R. de la)

Frasquito, zarzuela en un acto. 4
Los dos primos, id. id. . 4

Velasco (R. de)

Por faltas y sobras, zarzuela en un acto. 4

Villanueva (J. Joaquin)

La franqueza, zarzuela en un acto. 4

Zamacois (N.)

El firmante, zarzuela en un acto. 4

3 0112 115876309